

**«CONFLICTO PATRICIO Y VIOLENCIA POPULAR EN COPIAPÓ  
DURANTE LA GUERRA CIVIL DE 1851»  
AVANCES DE INVESTIGACIÓN  
Y PROPUESTA METODOLÓGICA PARA EL ESTUDIO  
DE LOS MOTINES Y REVUELTAS POPULARES<sup>1</sup>**

Claudio Pérez Silva<sup>2</sup>

**RESUMEN**

El objetivo principal de este trabajo es reflexionar respecto de las manifestaciones de violencia social desplegadas por los sectores populares en el contexto de un conflicto político y militar ínter oligárquico como lo es la Guerra Civil de 1851. Para ello nos centraremos espacialmente en el mundo minero del Norte Chico, zona del país que se caracterizó por la temprana presencia de conflictos sociales violentos, todos ellos desplegados en torno a las transformaciones económicas y sociales producto de la transición de una sociedad tradicional a una capitalista. Se desarrollará además una propuesta metodológica para estudiar las expresiones de violencia popular características de esta zona del país, como son los motines peonales o los levantamientos mineros.

Palabras clave: violencia popular-Historia social- historia local

**ABSTRACT**

The main purpose of this essay is to analyze the violent social demonstrations that took place in popular areas during the political and military conflict of the 1851 civil war. This is why we will focus particularly on the mining world of the “small north”, a region characterized by the early appearance of violent social conflicts, caused by the economic and social transformations of a traditional society turning into a capitalist one. There is also

---

<sup>1</sup> Parte de estas reflexiones corresponden a la Tesis de Maestría: “Revuelta popular y motines peonales en el Norte Chico. Copiapó en el contexto de la Guerra Civil de 1851”. USACH, Departamento de Historia. Agradezco profundamente la enorme colaboración que me prestaron en esta investigación los estudiantes de Historia de la Universidad de Santiago Isabel Moller y Paulo Alegría. Sin la colaboración de ellos en la recopilación de fuentes y en sus comentarios críticos este trabajo no habría podido llegar a buen puerto.

<sup>2</sup> © Magíster en Historia de Chile, Universidad de Santiago de Chile. Académico Escuela de Historia, Universidad Bolivariana, Sede Los Ángeles.

a methodological suggestion to study the violent popular displays that are characteristic in this part of the country, such as workers mutinies and miners' uprisings.

Key words: Popular violence- Social history- Local history.

Durante gran parte del siglo XIX, la violencia social fue una expresión recurrente de protesta popular por parte de los grupos más desposeídos de nuestro país, siendo protagonizada, principalmente por los sectores populares que carecían de un discurso político público y de una organización social o política. A nuestro juicio, estos sectores no solamente se mantienen distantes de los discursos, de las preocupaciones o de los intereses de la elite, sino también, de los alegatos y las reivindicaciones de las incipientes organizaciones de trabajadores, fundamentalmente las del artesanado. En este sentido entendemos el distanciamiento que se produce entre las formas organizativas y las prácticas de protesta popular desarrolladas por los sectores populares organizados y las maneras que tiene el mundo popular –fundamentalmente la masa peonal- de relacionarse y enfrentarse tanto con la clase dirigente-patronal, como con el propio Estado.

La élite dirigente, no fue capaz de diseñar y articular una respuesta y una propuesta política coherente ante las incursiones corrientes de violencia social popular. Así entendemos la salida habitual por parte del Estado de afrontar, por una parte, de manera represiva-violenta la problemática de la intromisión transgresiva de la masa minera peonal en los espacios sociales y productivos de la elite nortina, en este caso, el centro minero y la placilla y por otro, el recurrir por lo general a diversos dispositivos de control social para garantizar el orden político, social y moral de la clase dominante.<sup>3</sup>

Respecto de lo anterior, podemos señalar que el trato y la interacción que establecen los sectores populares del Norte Chico con el Estado y con la clase dominante oscilan entre la dependencia laboral y económica –producto de la necesidad e importancia creciente que adquieren los sectores populares en el espacio productivo minero- y la trasgresión abierta que desarrollan estos en el nuevo espacio social y cultural que surge producto de los importantes y frecuentes requerimientos de la producción minera, el aumento considerable y explosivo de la población trabajadora, la concentración espacial del mundo popular y principalmente de las nuevas relaciones sociales de producción que se establecen entre los sectores propietarios y la masa de trabajadores mineros.

Producto de lo anterior, los sectores populares establecen espacios de sociabilización propios, en los cuales fundan, recrean y legitiman sus patrones culturales y desde los cuales articulan y despliegan sus conductas transgresoras. A nuestro juicio, estas expresiones sociales y culturales transgresoras, desarrolladas en considerables ocasiones como manifestaciones de violencia social e insubordinación, se convierten en la expresión

---

<sup>3</sup> Para una interesante revisión respecto de la evolución y tratamiento del concepto “control social” ver: Pedro Oliver Olmo: “El concepto de control social en la Historia Social: estructuración del orden y respuestas al desorden”. En *Historia Social* N° 51, 2005. pp. 73-91. Fundación Instituto de Historia Social. España.

más clara y avanzada de la autonomía y protagonismo social alcanzado por los sectores populares.

## LA SOCIEDAD COPIAPINA

La sociedad copiapina de mediados de siglo XIX la podemos definir esencialmente como un espacio minero, por lo que las relaciones sociales estarán marcadas por las particularidades de dicha actividad económica.<sup>4</sup>

El desarrollo de la actividad minera en el Norte Chico generó una serie de nuevas relaciones sociales de carácter capitalista, relaciones que durante la segunda mitad del siglo XIX terminaron por convertirse en dominantes, transformando de esta forma, la vida de un importante número de personas en la sociedad nortina.

En la década de 1830 sobrevino una ola de importantes descubrimientos de yacimientos de plata en el Norte Chico. Al descubrimiento del mineral de Arqueros, siguieron los de los cerros de las Bandurrias, Agua Amarilla, San Antonio de Potrero Grande y otros. En 1832 el cateador y leñador Juan Godoy descubrió a 50 Km de Copiapó el mineral de Chañarcillo, el mayor de la época, cuyo hallazgo trajo una fiebre de búsquedas que se prolongó hasta la década del cuarenta. A él se agregaron la veta Descubridora, Tres Puntas y Santa Rosa de Garín.<sup>5</sup> Este auge de la producción minera de plata en el Norte Chico trajo como consecuencia el surgimiento de nuevas actividades económicas, principalmente las relacionadas con las finanzas y el comercio, también el nacimiento de nuevas fortunas con un alto grado de importancia económica y política tanto a nivel regional como nacional.

A pesar que los procedimientos técnicos de explotación y purificación del mineral no diferían de los coloniales, la actividad minera en Copiapó facilitó el surgimiento de nuevas funciones y vínculos sociales que transitaban hacia las modernas relaciones que podríamos definir como capitalistas. Esto en medio de una sociedad chilena caracterizada todavía a mediados del siglo XIX como tradicional.

El flujo de capitales provenientes de la minería dinamizó otras actividades económicas como el comercio y el transporte. Además, la necesidad creciente de mano de obra provocó un crecimiento explosivo de la población de Copiapó.<sup>6</sup>

---

<sup>4</sup> Milton Godoy "Fiesta, Borrachera y Violencia entre los mineros del Norte Chico 1840-1900", Revista de Historia Social y las Mentalidades N° 7, 2003. Departamento de Historia, Universidad de Santiago de Chile. Ver además, Hernán Venegas Valdebenito: "*Concertación Empresarial y trabajadores mineros en una economía en Transición- Copiapó 1848-1865*". Tesis para optar al grado de Magister Artium en la mención de Historia. Universidad de Santiago de Chile. Departamento de Historia. 1989; Roberto Páez C.: "Porotos y "raspa buches": Alimentación del peonaje minero en el Norte Chico (1814-1910). Revista de Historia Social y las Mentalidades N° 6, 2002. Departamento de Historia, Universidad de Santiago de Chile

<sup>5</sup> Respecto de este tema ver: Historia de Copiapó. Carlos María Sayago. Editorial Francisco de Aguirre S.A 1973.; Mario Cárdenas: "*Grupos desafiados en el mineral de Chañarcillo*", en Cuadernos de Historia N° 13. Departamento de Ciencias Históricas. Universidad de Chile. Diciembre de 1993.

<sup>6</sup> Mario Cárdenas: "Grupos desafiados en el mineral de.."; Hernán Venegas Valdebenito: "*Concertación Empresarial y trabajadores mineros en una economía en Transición- Copiapó 1848-*

Sin embargo, la actividad minera continuaba siendo artesanal. Los piques y socavones eran abiertos a combo y barreta y los materiales eran sacados en bolsas de cuero que los obreros cargaban en la espalda. En los trapiches se chancaba el material y posteriormente era beneficiado en hornos. Todo este proceso trajo consigo la urgencia de trabajadores y el arribo de un importante número de estos al Norte Chico. Consecuencia de esto, es que tenemos el surgimiento acelerado de dos grandes sectores sociales con intereses y necesidades muy distintas y la mayoría de las veces antagónicas. De esta forma, propietarios o empresariado y trabajadores mineros comenzarán a configurar nuevas relaciones sociales que caracterizarán la realidad de Copiapó durante gran parte del siglo XIX.<sup>7</sup>

La gran demanda mundial de plata necesitó de un ritmo de producción que satisfaga estos requerimientos, situación que era imposible de lograr a través de los procedimientos individuales, característica central de los mecanismos tradicionales de producción en la minería del Norte Chico. Se necesitaba además acondicionar a los trabajadores a relaciones y formas de producción de nuevo tipo.<sup>8</sup> Sin embargo, “los ciclos mineros del Norte Chico no lograron esto en su totalidad. No obstante, se avanzó lo suficiente como para poner a los trabajadores involucrados en un primer contacto masivo con las implicancias de la proletarización.”<sup>9</sup>

De esta manera, la expansión y auge de los ciclos mineros de la provincia de Atacama dio un impulso significativo hacia las formas modernas de producción. Aunque se conservaron importantes y numerosas características de la producción tradicional colonial, cambiaron “las condiciones de trabajo lo suficiente como para poder hablar al menos de una transición hacia formas capitalistas”.<sup>10</sup>

El uso extensivo de la mano de obra y la necesidad de trabajadores marcarán la relación entre propietarios y trabajadores mineros, donde se buscará insistentemente y de múltiples formas el reclutamiento y control de la mano de obra por parte del empresariado a fin de adecuarla o encuadrarla para el trabajo productivo. Así se incorporaron “cientos de personas atraídas por las posibilidades de obtener mayores ingresos(...) Sin embargo, en muchos casos se trató de mineros de “primera generación” que, superando el atractivo inicial, debieron ser sometidos a métodos extraeconómicos para ser impulsados al trabajo. Es sintomático, por ejemplo, que las acciones de rebeldía y las acciones tumultuarias hayan comenzado antes del primer año de iniciadas las faenas, en forma paulatina y creciente, hasta desembocar en el primer motín generalizado el año 1834.”<sup>11</sup>

---

1865”. Tesis para optar al grado de Magister Artium en la mención de Historia. Universidad de Santiago de Chile. Departamento de Historia. 1989.

<sup>7</sup> Venegas Valdebenito, Hernán: Concertación Empresarial... Ortega, Luís y Pinto, Julio: *Expansión minera y desarrollo industrial: un caso de crecimiento asociado (Chile, 1850-1914)*, Universidad de Santiago de Chile. Santiago de Chile. 1990; Illanes, María Angélica: “*Chile Des-centrado. Formación socio-cultural republicana y transición capitalista (1810-1910)*”. Especialmente pp. 15-71. LOM Ediciones. Santiago, 2003.

<sup>8</sup> Ortega, Luís y Pinto, Julio: *Expansión minera y desarrollo industrial...*. p. 54.

<sup>9</sup> *Ibíd.*

<sup>10</sup> *Ibíd.*

<sup>11</sup> Hernán Venegas Valdebenito: Concertación Empresarial y trabajadores mineros en una economía en Transición...”. pp. 243-244.

Así, el descubrimiento, crecimiento y asentamiento de la actividad minera argentífera en el Norte Chico provocará fenómenos que hasta entonces eran desconocidos en esta zona, como una marcada diferenciación económica, social y espacial, la inversión de capitales y la necesidad de mano de obra. Consecuencia de esto, es que tenemos una sociedad caracterizada por los permanentes conflictos de intereses.

Los esfuerzos del empresariado durante casi todo el siglo XIX estarán orientados a encauzar a los trabajadores hacia el trabajo productivo<sup>12</sup>. Así, uno de los problemas fundamentales para los sectores propietarios será el manejo de las conductas o acciones en general de un importante número de personas (trabajadores), quienes desarrollan y manejan sus propias relaciones y espacios sociales como las placillas, siendo este lugar, una esfera de construcción de vínculos identitarios y una forma de respuesta frente al sometimiento oligárquico. En definitiva, es un espacio y una construcción cultural propia de los trabajadores.<sup>13</sup>

De esta manera, la cotidianeidad de los trabajadores de la minería del Norte Chico se desarrollará fundamentalmente en dos espacios, el del centro minero y el de la placilla, presentándose a partir de entonces una experiencia de vida que hasta ese momento era desconocida para los sectores populares. Así, frente al nacimiento de nuevos yacimientos, surgen también estos espacios (centro minero y placilla), “cuya función principal fue el aprovisionamiento de las faenas y el servir de improvisado albergue para los trabajadores. Sin embargo, pronto adquirieron su propia dinámica de desarrollo, campo propicio para el enfrentamiento social entre un grupo que pretendía la dominación y el otro que se debatía entre su pasado no minero y el atractivo estímulo económico que la minería ofrecía.”<sup>14</sup>

El crecimiento y desarrollo de las placillas como un espacio de construcción propio del mundo popular -cultura creada al calor mismo de los conflictos y diferencias sociales- generó una serie de rechazos y miedo desde los sectores dominantes, pretendiendo reconfigurar este espacio mediante la implementación de una serie de medidas y reglamentos que tenían por objetivo imponer sus normas y moral.<sup>15</sup>

Este es el temor de los sectores dominantes a la presencia popular. “Esa presencia en cuanto cuerpo pobre y miserable y esa presencia en cuanto masa que se mueve de manera impredecible y amenazante. Ese desagrado estaba cargado, pues, de desprecio y de

---

<sup>12</sup> Respecto del proceso de proletarización en el Norte Grande y para la minería del salitre ver: Julio Pinto. “Trabajos y Rebeldías en la pampa salitrera”. Editorial Universidad de Santiago, 1998.

<sup>13</sup> Para una detallada caracterización de las Placillas durante el siglo XIX ver los trabajos de Gabriel Salazar: “Labradores, peones y Proletarios. Formación y crisis de la sociedad popular chilena del siglo XIX”. LOM. ediciones, 2000; María Angélica Illanes: “Azote, salario y ley. Disciplinamiento de la mano de obra en la minería de Atacama (1817-1850)”, en Propositiones N° 19, pp. 90-122, Ediciones Sur 1990; María Angélica Illanes. “Entre –muros. Una expresión de cultura autoritaria en Chile post-colonial”. En Contribuciones, Programa FLACSO-Santiago de Chile, Número 39, agosto de 1986; Jorge Pinto R.: “Tras las huellas de los paraísos artificiales. Mineros y Campesinos en Copiapó, 1700-1850”. en Propositiones N° 20, pp. 232-247. Ediciones Sur, 1991

<sup>14</sup> Hernán Venegas Valdebenito: “*Concertación Empresarial y trabajadores mineros en una economía en Transición...*”, p. 249.

<sup>15</sup> Para la profundización de esta temática ver los trabajos citados de María Angélica Illanes y Gabriel Salazar.

temor, doble sentimiento que tendía a lograr el distanciamiento, el repliegue y la separación social.”<sup>16</sup>

Por tanto, el centro minero y fundamentalmente la placilla como espacio público tienen una importancia vital para la problemática del orden social. En el espacio público es donde se siente el territorio, se muestra y se expresa libremente la presencia de los sectores populares. Es un espacio cargado de gran historicidad, como plantea María Angélica Illanes, el espacio natural adquiere el carácter de espacio social.

Al no poder terminar con las enormes trabas culturales que significaban el comportamiento de los sectores populares, la zona minera del Norte Chico a mediados del siglo XIX no logró construir completamente una fuerza laboral libre y dependiente de los incentivos salariales. Respecto de lo anterior podemos plantear que la permanencia de formas de producción premodernas y el fracaso por parte de la elite de transformar las conductas de los sectores populares para orientarlas hacia la proletarización, dan a este periodo de estudio y en esta zona del país en particular, una marcada característica transicional respecto de las formas de producción.

De esta manera, los acelerados cambios generados por los procesos de modernización, desarrollados fundamentalmente en el contexto de la transición del modo de producción colonial al modo de producción capitalista, provocaron una “serie de readecuaciones en las relaciones laborales, en el diseño y construcción de espacio urbano, en las formas de recrear ideológicamente los procesos y los actores sociales y en las formas con las cuales el Estado enfrentaba su rol en la sociedad”.<sup>17</sup>

Respecto de lo anterior y relacionado directamente con nuestro espacio geográfico de estudio, podríamos señalar como ejemplos, la construcción del tendido ferroviario en la zona de Copiapó y la importante actividad minera en el Norte Chico, situación que habla de los primeros pasos de los procesos productivos modernos. Podríamos señalar además, los permanentes procesos de migraciones peonales que se presentan en este espacio y que son resultado de los importantes requerimientos de mano de obra, situaciones todas que generan y expresan significativos procesos de cambios en las nuevas relaciones laborales y en la forma como los sectores populares de mediados del siglo XIX construyen y articulan sus propias relaciones y espacios de sociabilidad.

Es justamente en este contexto de profundos cambios en la estructura económica y social de esta zona del país, donde los sectores populares logran una

---

<sup>16</sup> María Angélica Illanes. “Entre –muros. Una expresión de cultura autoritaria...”, p. 3. Ver además, María Angélica Illanes: ¿Rabia o Revolución?. Guerra civil en...”

<sup>17</sup> Goicovic Donoso, Igor: “Consideraciones teóricas sobre la violencia social en Chile (1850-1930).” En Última Década. Dic. 2004, año 12, N° 21, p. 125. Para el caso europeo ver el trabajo de Charles Tilly, Louise Tilly y Richard Tilly: “El siglo rebelde, 1830-1930”. Prensas Universitarias Zaragoza. N° 33, 1997. Ver además los clásicos estudios de Rudé, Georges: *La Europa revolucionaria: 1783-1815*, Siglo XXI Editores: Madrid; Thompson, Edward. *Tradición, revuelta y conciencia de clase. Estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial*, Crítica: Barcelona; Hobsbawm, Eric: *Rebeldes primitivos. Estudios sobre las formas arcaicas de los movimientos sociales en los siglos XIX y XX*, Ariel. Barcelona.

importancia significativa desde el punto de vista económico, ganando con ello además, un creciente protagonismo social y político.

Las características geográficas de Atacama y de la propia actividad minera de la zona generaron una creciente y sostenida necesidad de mano de obra para resolver por una parte la importante demanda de minerales y por otra, la realización de las obras públicas, instalando de esta forma nuevos conflictos y requerimientos tanto para las clases dominantes como para el propio Estado. Esto último, centrado fundamentalmente en la elaboración de políticas y estrategias de alistamiento, incorporación y establecimiento de mano de obra.

Sin lugar a dudas, en el corazón mismo de estas políticas y de “dichas estrategias se encuentran los mecanismos de compulsión laboral orientados a fijar a los trabajadores en determinadas actividades productivas; junto con ello se despliegan una serie de iniciativas tendientes a disciplinar las conductas transgresoras de la población y, por otro lado, se elabora un discurso moralizante que pretende intervenir sobre las prácticas culturales y sobre las formas de sociabilización de estos sujetos.”<sup>18</sup> Sin embargo, los sectores populares desarrollan prácticas sociales y culturales que rechazan estas estrategias de dominación y control.

Es en este contexto donde se expresan las formas cotidianas de resistencia y rebeldía frente a la proletarización forzosa, situación que se traduce en el permanente robo de minerales, en la constante huida de peones de los centros de trabajo, desarrollando estos además, una serie de prácticas transgresoras y libertinas en sus espacios sociales y al interior de sus ámbitos de sociabilización “y si bien no rechazan explícitamente el discurso moralizador, prácticamente en ningún caso se hacen cargo del mismo. Pero además, y en no pocas ocasiones, los sectores populares reaccionan violentamente contra las compulsiones elitarias.”<sup>19</sup> Es justamente esto último uno de los elementos centrales de nuestro análisis, las recurrentes incursiones violentas de los sectores más pobres de las clases productivas en el espacio social, económico y cívico de la elite regional copiapina.

Respecto de lo anterior, podemos señalar que los sectores populares- principalmente la masa peonal- se presentaron e intervinieron periódicamente de forma violenta en el espacio social y geográfico del período en estudio. La violencia social popular desplegada en los espacios mineros y sus alrededores, muestra de manera muy nítida que sus expresiones y maneras de relacionarse con las instituciones del Estado y con la clase dominante fueron, por lo general, a través de situaciones de conflictos y enfrentamientos directos, siendo en este sentido, el levantamiento social o motín peonal una de las expresiones más violentas y significativas de la rebeldía y la resistencia cultural de los sectores populares del Norte Chico frente a los apremios y presiones del sistema de dominación capitalista que se venía instalando.<sup>20</sup>

---

<sup>18</sup> Goicovic Donoso, Igor: Consideraciones teóricas...p. 126.

<sup>19</sup> *Ibíd.*

<sup>20</sup> Una revisión detallada de los archivos de la zona como de la prensa del periodo dan muestra clara de lo que estamos señalando: “*Los días de las fiestas nacionales han pasado en este mineral sin ninguna ocurrencia notable ; a excepción de que , en la noche del dieciocho , una partida de ochenta o cien trabajadores , recibieron con una granizada de piedra a la patrulla que les*

En el caso de los espacios mineros, la gran mayoría de los estudios de rebeldía y violencia social popular se concentran espacialmente en la zona de la minería del salitre. Julio Pinto<sup>21</sup> por ejemplo, ha trabajado los levantamientos mineros señalando que las revueltas peonales de fines del siglo XIX en los distritos salitreros se encuentran y se explican en la lógica de la resistencia a los procesos de proletarización por parte de los trabajadores inmigrados al norte. Esto último, en un contexto socio-económico de

---

*mandaba que se retirasen , pues ya se había tocado la queda Uno de los soldados de la patrulla ( el que había recibido un fuerte ricazo en el pecho ) vino a darme parte de la ocurrencia e inmediatamente acompañado de cinco soldados mas , me dirigí al lugar del tumulto , el cual fue dispersados solo a costa de algunos culatazos , de que resultaron ocho o diez cabezas levemente rotas.” A.I.A. Vol. 62. Chañarcillo septiembre 21 de 1846; “Me dirijo a usted con motivo del levantamiento de los mineros que hubo el 18 del presente en la noche, en mi contra i de la tropa que tengo a mi cargo. La causa de esta sublevación fue originada por las mujeres acompañadas por hombres vagos que tienen ventas de licor públicamente y con el mayor escándalo: Además el toque de guitarra de día y noche sin límites, sin querer obedecer a la justicia cuando les manda que se recojan; y como hasta ahora no hay cárcel ni ninguna prisión para hacer ejemplares (sic) cuando sea necesario, y de todo esto abusan, y que ello públicamente lo dicen. A las diez de la noche los ha hecho recogerse, y solo han obedecido hasta salir de las chinganas en alguna distancia pero como las dueñas de estas ventas han continuado el toque de vihuelas poco después que yo me he retirado de hacer la patrulla; y además a vender licor sin obedecer mi mandato, se reunieron nuevamente todos, resultando de esto un gran desorden, y a consecuencia de eso las peleas habiendo heridas con cuchillo y piedra.*

*No se pudo contener esta desorden por la poca fuerza , y que el numero de amotinados era mas de sien personas y entre estos uno que se fugó de la cárcel de Copiapó, y que fue tomado preso en el pueblo de Juan Godoy en Chañarcillo , por haber acometido con cuchillo al inspector morales en tiempo del subdelegado Saavedra : Además , también, otro que se apellida carrizo , argentino que según noticias también quiso hacer un motín en el mismo pueblo ya expresado en la actual subdelegación del señor Moreno, y habiendo sido detenido se escapó de allá de este mineral.”. A. I. A. Vol. 75. Romero septiembre 1847; “... cuando alguno usa de algún comedimiento con el mayordomo patrón, es seguro que va a pedirle algún adelantamiento para adeudarse más de lo que está. Si el patrón sede a esta demanda, ¡infeliz él! Ellas se hacen interminables. Si la niega, al siguiente día amanecen los peones de mala gana: hacen mal y por mal cabo sus trabajos: procuran hacer disimuladamente todo el daño que puedan en las herramientas y muebles del servicio, procuran en fin ocasionar lo que se llama atraso en una faena.*

*Si el mayordomo los reconviene o los empuja al trabajo, le contestan una insolencia o le hacen una amenaza; y si la mina está aislada; distante de los jueces y las poblaciones, quedan de este modo los peones gobernando la mina, y el mayordomo diciendo amen a todo cuanto ellos quieren , porque teme que los agavillados lo apaleen porque no hay poder a quien poner la queja, y porque ya sabe que en toda otra faena aislada es lo mismo... esta es exactamente la conducta de los penes adelantados o adeudados. Jamás hacen cosas de provecho. Siempre están maldiciendo, buscando pleitos desmoralizando a todos los demás.” El Copiapino 26 de febrero de 1848; “En seguida se hablo largamente de la vagancia de los peones del mineral de chañarcillo. Se hizo notar que faltan del trabajo el tiempo que se le antoja para entretenerse en la placilla. Que había muchas faenas, que de 40 o más trabajadores que tenían rara vez se podían contar con la mitad. Que el sistema de multas vigentes, llevado con una estrictez extraordinaria, lejos de tener el desorden y hacer al peón entrar en sus deberes, servía solo para desmoralizarlos más, porque no era el peón sino el patrón quien venía a pagar la multa, por el robo de metales que aquellos hacían para sufragarlos, sobre cuyo echo habrá mil casos que citar. Que podría sustituirse con ventajas a la pena pecuniaria la de encierro o de uno días de trabajo de obras publicas en los mismos minerales”. A.I.A. Vol. 71. Acta de la Junta de Minería. Dic 1849. Ver además A. I. A. Vol. 87-88.*

<sup>21</sup> Pinto Vallejos, Julio: *Trabajos y rebeldía en la pampa salitrera. El ciclo del salitre y la reconfiguración de las identidades populares (1850-1900)*, Editorial Universidad de Santiago: Santiago de Chile.

incorporación a las modernas relaciones de producción capitalista. Complementando lo anterior, Sergio González, examina las expresiones de resistencia cultural desarrolladas por los sectores populares, principalmente de trabajadores y grupos étnicos.<sup>22</sup>

Sin embargo, para la zona del Norte Chico y específicamente para la zona de Copiapó, los estudios referidos a las expresiones de protesta social y de violencia social popular en espacios mineros son escasos.<sup>23</sup> Papel destacado en este sentido juegan los trabajos realizados por la profesora María Angélica Illanes, quien aborda temáticas relacionadas con los procesos de disciplinamiento y resistencia por parte de los peones de minas de Chañarcillo frente a la proletarización desarrollada durante la primera mitad del siglo XIX.<sup>24</sup> De estos estudios “se puede inferir que la peonada resiste a través de distintos mecanismos de acción directa, en forma abierta o clandestina, principalmente a través de ataques a la persona de los propietarios, los mayordomos, los subdelegados y la policía o a través de la sustracción de minerales y de la fuga con adelanto de salarios”.<sup>25</sup> Más interesantes son todavía los planteamientos de la autora respecto de la participación popular en la guerra civil de 1851 en la zona de Copiapó, principalmente Chañarcillo, en donde señala que “la peonada habría experimentado un cambio; de ejercer resistencia esporádica a través del ataque directo a la persona de la autoridad, han comenzado a practicar un ataque indirecto a la persona y más sistemático y general respecto de lo que dicha autoridad “representa”. Y esto habría sido posible porque la peonada habría tenido una determinada “*experiencia política peonal*”, experiencia que pervivía en la memoria o en el grito de ¡Viva Cruz!”.<sup>26</sup>

Como planteamos anteriormente, uno de los objetivos de nuestro estudio es caracterizar y reflexionar respecto de las recurrentes incursiones violentas de los sectores populares en el espacio minero y más concretamente, en el contexto del desarrollo de la Guerra Civil de 1851 en Copiapó. Un segundo objetivo es desarrollar una propuesta metodológica que nos sea de utilidad para poder caracterizar las referidas manifestaciones específicas de violencia social popular y las formas que toma la protesta y la participación popular de los mineros del Norte Chico en el conflicto patricio de mediados del siglo XIX. Para ello asumimos como problemáticas de estudio las siguientes interrogantes: ¿Cuáles son las características específicas que asume la violencia social popular?, ¿Qué actores sociales participan de estos movimientos?, ¿Cómo reacciona el Estado y la élite dirigente

---

<sup>22</sup> González, Sergio: *Hombres y mujeres de la pampa*. Iquique: Ter. 1991

<sup>23</sup> Existen trabajos que abordan temáticas de violencia social para el Norte Chico. Sin embargo, no abordan en profundidad los temas referidos a las formas de protesta popular violenta como son los motines o las revueltas populares. En este sentido podemos destacar el análisis planteado por Milton Godoy quien trata las expresiones de violencia en el Norte Chico en tres dimensiones. Primero, como manifestación al interior de las particulares vidas familiares de los mineros. Segundo, la violencia en relación con lo demás trabajadores mineros. Por último la violencia que se expresa en las relaciones con quienes representan el discurso del orden; Jorge Pinto R por su parte aborda el tema de la violencia en relación a los ámbitos de sociabilidad popular. Ver: “Tras las huellas de los paraísos artificiales...”.

<sup>24</sup> María Angélica Illanes: “Azote, salario y ley”... Podemos destacar en este sentido.

<sup>25</sup> María Angélica Illanes: ¿Rabia o Revolución?. Guerra civil en Chañarcillo. (Chile, Atacama.1851-1852). En Revista Si Somos Americanos. Pág. 239-254. Volumen IV, año 3. p. 242.

<sup>26</sup> María Angélica Illanes: ¿Rabia o Revolución?...p. 241.

frente a estas agitaciones? ¿Cuál es el discurso que construyen los diferentes actores sociales frente a la violencia social popular?

## CONFLICTO PATRICIO Y VIOLENCIA POPULAR

Las divisiones y enfrentamientos en el seno de la elite nacional se agudizaban en la medida en que se aproximaban las elecciones presidenciales de 1851<sup>27</sup>. La oposición política y la agitación social de la década del cuarenta y las sublevaciones llevadas a cabo tanto por la intelectualidad liberal como por La Sociedad de la Igualdad endurecieron rápidamente al Gobierno del Presidente Bulnes, quien aplastó sin grandes inconvenientes la rebelión de Aconcagua en noviembre de 1850 y el motín del Coronel Pedro Urriola en Santiago en abril de 1851.

El Presidente Bulnes designó a Manuel Montt como candidato oficial para el período siguiente. Paralelo a esto, en Concepción la oposición levantó la candidatura regional del General José María de la Cruz esperando el apoyo de algunos sectores del gobierno. Al no conseguir este, obtuvo el apoyo del movimiento liberal más tibio. Sin embargo, el Gobierno logró la continuidad política y Montt fue proclamado Presidente de Chile. Frente a la derrota electoral y agotadas las posibilidades legales de cambiar la realidad, “la oposición provinciana, a pesar de las vacilaciones de los liberales santiaguinos, desencadenó la guerra civil en septiembre de 1851”<sup>28</sup>.

El conflicto político se expandió rápidamente y la “revolución” controló las provincias de Concepción y Coquimbo. En este contexto de irradiación, los movimientos políticos y sociales que azotaron el país al comienzo de la administración de Manuel Montt permitieron el desarrollo de una importante experiencia de agitación política y social en la ciudad de Copiapó y sus alrededores.<sup>29</sup>

---

<sup>27</sup> Para una profundización del contexto y las causas de la Guerra Civil de 1851 ver: Luis Vitale: “Las Guerras Civiles de 1851 y 1859 en Chile”. Cuadernos de Investigación, Serie Historia Social 1. Universidad de Concepción. Instituto Central de Sociología. 1971. Maurice Zeitlin: “The civil wars in Chile. Or the bourgeois revolutions that never were”. Princeton University Press. Princeton, New Jersey. 1984

<sup>28</sup> Luis Vitale: “Las Guerras Civiles de 1851 y 1859 en Chile”. p. 10. Para el caso de la “revolución” en el Norte Chico, principalmente Coquimbo ver: Iturriaga, Ruth: “La Comuna y el sitio de la Serena en 1851”. Santiago, Editorial Quimantú, 1973; Vicuña Mackenna, Benjamín: “Historia de los diez años de la administración de Montt. Levantamiento y sitio de La Serena”. Imprenta Chilena, Santiago, 1862-1863. Vol. I.

<sup>29</sup> El 17 de septiembre de 1851, a diez días de haber estallado el conflicto en la Serena, la máxima autoridad política de Copiapó, el Intendente Juan A. Fontanes señala en un primer momento, que la revolución de la Serena goza del más absoluto rechazo por parte del vecindario y que tiene plena convicción “*de que el motín de la Serena es un movimiento aislado, que esta muy lejos de poder comprometer la tranquilidad de las demás provincias, me han manifestado que Copiapó cuenta con los recursos necesarios, no solo para sofocar cualquier tentativa de trastornar en el seno mismo de este pueblo, sino para contribuir al restablecimiento del orden en la provincia vecina y castigar el desenfreno de los anarquistas y amotinados que quisieron envolver al país en la guerra civil y el desorden y trastorno que serian su consecuencia.*”. Sin embargo, en una carta dirigida al señor Comandante General de la Marina, seguramente presionado por el desarrollo de los acontecimientos y la expansión del conflicto político el Intendente Fontanes cambia rápidamente de parecer y bajo “*la necesidad de prevenir cualesquiera motivos de que se altere la tranquilidad de esta provincia,*

La particularidad del conflicto político presentado en Copiapó, está dada por el hecho de que en esta Provincia la agitación y los desórdenes se hayan iniciado a modo de motín peonal o revuelta popular en el pueblo minero de Juan Godoy y no en la ciudad misma de Copiapó. Debemos tener presente que la ciudad de Copiapó alberga en esos momentos a una cantidad importante de miembros de la elite nacional, mineros destacados por su poderío económico y político, ciudadanos que se jactan de vivir en una de las ciudades más ricas e importantes de la República.<sup>30</sup>

Esta situación a nuestro entender, es la que le da la particularidad a este periodo de violencia política y social, ya que el enfrentamiento o el desarrollo de la guerra civil en la zona está marcado por la participación y el protagonismo que asumen los sectores populares en el conflicto, impregnándole un carácter popular y muchas veces inorgánico a dicho movimiento, situación que se reflejará en los crudos y violentos enfrentamientos que se producen con la oligarquía de la región y en algunos casos, con los mismos “revolucionarios” de Atacama.

El carácter popular y social de la Guerra Civil en la Provincia de Copiapó, de levantamiento y de motín peonal queda de manifiesto en los recurrentes informes que el Intendente Juan Agustín Fontanes envía al Ministerio del Interior acusando de levantamientos populares de mineros en la zona bajo su mando, principalmente en los lugares donde se albergan y concentran una cantidad importante de peones de minas, como son los centros mineros y pueblos aledaños a Copiapó, particularmente Chañarillo y su villa Juan Godoy. De esta manera, los motines peonales, los conflictos sociales, las revueltas y levantamientos populares no son algo ajeno o circunstancial a la realidad y cotidianeidad social de la región.

Como dijimos, este trabajo busca a través de un estudio detallado y muy particular poder identificar, caracterizar y teorizar respecto de una de las formas violentas colectivas más recurrentes que tienen los sectores populares de Copiapó para manifestar su protesta contra el orden social que se venía instalando.

En función de estos objetivos y a modo de propuesta metodológica nos centraremos

---

*me han obligado a ordenar a Don Estanislao Gómez y Don José Aniceto Bamondes, a que se embarquen mañana, con destino a Valparaíso en el paquete que tocará a ese puerto”. La medida tomada contra estos dos individuos de la elite copiapina obedece a su condición de ser “conocidamente bochincheros”. Un mes más tarde, en una carta dirigida al Señor Intendente de Chiloé el 18 de octubre de 1851, viendo que las medidas tomadas anteriormente no dan resultados positivos y considerando que “aunque Atacama es una de las provincias de Chile más decididas por el orden, no han faltado en esta ciudad individuos dispuestos a convulsionarla, mas bien por especulación que por espíritu de partido... Hallándonos en este estado, las tentativas de revolución no desaparecen. Me he visto, pues, en la necesidad de alejar de este punto a los individuos que constan de la lista adjunta y me ha parecido que en la provincia de Chiloé es donde pueden permanecer por algún tiempo sin graves inconvenientes por el orden, tanto por no tener en ella relaciones estos individuos, cuanto por que la juiciosidad de esos pueblos me inspira toda clase de garantías”. En A. I. A. Vol. 58. Ver además A. I. A. Vol. 87.*

<sup>30</sup>

Una mirada rápida por la prensa regional de este periodo, particularmente El Copiapino dan muestra clara de esta situación, donde se describen las características y particularidades del progreso de esta ciudad.

en un primer momento en el estudio de las formas de intervención y de protesta popular de la masa peonal minera, es decir, en la historicidad misma de los sectores populares en el conflicto social y de clases naciente y en la coyuntura de crisis política que tratan de resolver violentamente los propios miembros de la elite nacional y regional. Para ello, las interrogantes a resolver se relacionan y se centran en las prácticas concretas de los peones de minas, en el despliegue de sus acciones, en la descripción y análisis de las especificidades que asume la violencia social popular y en los actores sociales que participan en estos movimientos. En forma paralela se describirá y analizará por una parte, la reacción que tiene la elite regional, las autoridades políticas y policiales y por otra, el discurso que elaboran estos mismos frente a las agitaciones sociales populares violentas.

### **MOTINES POPULARES Y REVUELTA POPULAR EN COPIAPÓ.**

Para la máxima autoridad de Copiapó, el Intendente Juan Agustín Fontanes, la Provincia que está bajo su mando logra sin mayores problemas soportar por el momento las consecuencias de la Guerra Civil que se desarrolló en otras ciudades del país como La Serena y Concepción. Sin embargo, este espacio regional es azotado frecuentemente por otro tipo de conflictos y enfrentamientos que se resuelven por lo general de manera violenta. Según el Intendente:

*“En esta ciudad tenemos que sofocar cada día uno tras otros los motines de rotos que no se proponen sino el saqueo del vecindario y la muerte de los que tienen más fortuna. Felizmente los esfuerzos sobrehumanos de este noble pueblo y la fidelidad de la guardia cívica no han dejado estallar el volcán que parece tenemos bajo nuestros pies.”*<sup>31</sup>

El contexto político y social de la Guerra Civil de 1851 se ofreció para agudizar las problemáticas y contradicciones sociales que se presentaban en la desigual y resquebrajada sociedad atacameña. Situación que ayudó además a agudizar y aumentar en número una de las expresiones o prácticas más recurrentes de los sectores populares para manifestar su malestar y sus tensiones frente a la situación social existente. Así, la asonada popular, el levantamiento minero y los motines peonales, acciones todas que concentran altos niveles de violencia social, no son más que una clara respuesta popular frente a una realidad social manifiestamente represiva, excluyente y por sobre todas las cosas una oposición a la relación contractual caracterizada por una fuerte y violenta explotación laboral. De esta manera, instituciones públicas, edificios comerciales, industriales o policiales y propiedad privada en general serán el blanco predilecto de las pasiones populares. Espacios todos que representan, simbolizan o ejemplifican los intereses de los sectores dominantes, *“de los que tienen más fortuna.”*

Queda también claro en el relato del Intendente Fontanes, las enormes diferencias de intereses sociales y políticos que encontramos en esta Provincia. Por una parte, destaca a ese noble pueblo, que representa a la clase dominante de la zona, quienes gracias a la fidelidad

---

<sup>31</sup> Archivo Intendencia de Atacama, Volumen 116, comunicación del intendente al Ministerio del Interior, 2 de noviembre de 1851. En adelante A. I. A. V.116

de los cuerpos policiales y represivos del Estado han podido mantener el orden –oligárquico– sin mayores inconvenientes. Por otro, esa masa de “rotos” que busca solamente el robo de los nobles vecinos y la muerte de los más acaudalados.

Respecto de lo anterior podemos señalar que un punto fundamental en el origen de los resentimientos y conflictos sociales, se deriva principalmente del hecho de que frente a una faena productiva básicamente arcaica y con grandes y crecientes requerimientos de productividad, el peso de toda la actividad y estructura productiva está basado en la fuerza de trabajo, es decir, sobre la presión y explotación de los trabajadores mineros.

Según Gabriel Salazar, en este periodo de estudio, la actividad minera tuvo que responder a un incremento acelerado de la producción. Sin embargo, al no existir ni desarrollarse un proceso paralelo de mecanización, la “expansión tuvo que ser absorbida por la misma estructura “colonial” de producción. Es decir mediante la intensificación del trabajo peonal. Es por ello que, después de 1820, la situación del peonaje de minas no mejoró, sino que empeoró”.<sup>32</sup> A nuestro juicio, frente a esta apremiante realidad se dirigen las expresiones cotidianas de violencia social popular.

La rabia peonal se desata y alimenta como insulto, flojera, silencio, indisciplina, abierta o clandestina, como fuga, robo, borrachera, diversión popular y colectivamente como levantamiento o motín popular. Desafiando en la práctica el control político y policial de la elite, ocupando sus espacios, destruyendo sus intereses, sus símbolos y las representaciones de su poderío y superioridad social, aspectos que para el mundo popular de Copiapó grafican los orígenes sociales, políticos y económicos de su situación miserable.

Los motines populares o los alzamientos de mineros, como lo muestra el motín del 26 y 27 de octubre generalmente se manifestaban como verdaderas turbas peonales en el calle y en los centros cívicos de cada ciudad, afectando concretamente a los centros comerciales y sus locatarios, a los representantes del poder, sus instituciones y edificios. La gran mayoría de las veces “son expresiones espontáneas y desestructuradas de descontento propias de los grupos sociales subordinados, pero con una escasa movilización de recursos y unos objetivos que no van mucho más allá de la desobediencia a las autoridades, y que no se ven acompañadas de un plan coherente de cambio político y social.”<sup>33</sup>

Según el historiador Eduardo González Calleja, la tipología de estas manifestaciones o protestas son características de las expresiones subversivas del «ciclo antiguo», conceptuadas por especialistas como Hobsbawm, Rudé, Tilly o Thompson como «preindustriales», «prepolíticas», «reactivas» o «formas arcaicas» de los movimientos sociales de una sociedad que transita hacia la consolidación del capitalismo.<sup>34</sup>

---

<sup>32</sup> Gabriel Salazar: “Labradores, peones y Proletarios. Formación y crisis de la sociedad popular chilena del siglo XIX”. LOM. ediciones, 2000. p. 200.

<sup>33</sup> Eduardo González Calleja: “La violencia en la política. Perspectivas teóricas sobre el empleo deliberado de la fuerza en los conflictos de poder”. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid, 2002. p. 440.

<sup>34</sup> Sobre la caracterización del sujeto popular y la participación de los sectores populares en desórdenes, motines y turbas urbanas ver Eric J. Hobsbawm. *Rebeldes Primitivos*. Editorial Ariel, Barcelona,

La posibilidad de estallido de este tipo de violencia colectiva aumenta “cuando una frustración intensa afecta a la masa, pero no a la élite; cuando el descontento se extiende sólo a determinadas condiciones de vida; cuando está pobremente organizado en sentido político, y cuando el régimen dispone de unos fuertes recursos coercitivos”.<sup>35</sup> Este es el marco en el cual se inscriben las expresiones de violencia social-popular de la sociedad copiapina de mediados de siglo XIX. Manifestaciones populares que se desarrollan a través de formas violentas de protesta, que florecen en los momentos de máxima conflictividad social, provocados por lo general espontáneamente por los sectores populares, en especial como réplica a dificultades de índole socioeconómica. “Se caracterizan por un estallido brusco, motivado por una razón concreta o por un estímulo primario... y presentan unos objetivos no menos inmediatos, aunque mantienen pautas de acción colectiva complejas, directas, disciplinadas y con objetivos razonablemente definidos”.<sup>36</sup>

Las divisiones y enfrentamientos al interior de la elite nacional y provincial proporcionaron los espacios y las oportunidades para que el descontento popular se manifestara nuevamente y como en muchas otras ocasiones de forma violenta y espontánea.<sup>37</sup>

Es en estas circunstancias políticas, sociales y económicas donde se producen una serie de levantamientos y motines con una manifiesta e importante participación popular, sobre todo en los pueblos y centros mineros cercanos a la ciudad principal de la Provincia, Copiapó.

Es así como en Chañarillo y su villa Juan Godoy, se presentó en la noche del

---

1983; “Bandidos”, Editorial Crítica, Barcelona. 2001; Eric J. Hobsbawm y Rudé, George: “Revolución Industrial y revuelta agraria. El Capitán Swing.” Siglo XXI Editores. Madrid, 1978. Los trabajos de Rudé George: “Protesta Popular y revolución en el siglo XVIII. Barcelona, Editorial Ariel. 1978; “La multitud en la historia. Los disturbios populares en Francia e Inglaterra, 1730-1848. Siglo XXI editores, México, 1998; “Revuelta popular y conciencia de clase”. Editorial Crítica, Barcelona, 1981. El Trabajo de Thompson, Edward. *Tradicción, revuelta y conciencia de clase. Estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial*, Crítica: Barcelona, 1984. Los textos de Tilly, Charles: “Reflexiones sobre la lucha popular en Gran Bretaña, 1758-1834”. En *Política y Sociedad*, Madrid, N° 18, enero-abril, pp. 115-147; ver además: Charles Tilly, Louise Tilly y Richard Tilly: “El siglo rebelde, 1830-1930”. Prensas Universitarias Zaragoza. N° 33, 1997.

<sup>35</sup>

<sup>36</sup>

<sup>37</sup>

Eduardo González Calleja: “La violencia en la política...”. p. 441.

Ibíd.

Para el caso de los motines urbanos populares en Chile ver: Salinas Mesa, René: “Espacio Urbano y Revueltas Populares. El Motín de Santiago en 1858”. En *Revista de Historia Social y de las Mentalidades* N° 7. Santiago, Departamento de Historia, USACH. 2003; Goicovic Donoso, Igor: “La insurrección del arrabal. “Espacio urbano y violencia colectiva. Santiago de Chile, 1878”. En *Revista de Historia Social y de las Mentalidades* N° 6. Santiago, Departamento de Historia, USACH. 2002; Goicovic Donoso, Igor: “Conflictividad social y violencia colectiva en Chile tradicional. El levantamiento indígena y popular de Chalinga (1818)”. En *Revista de Historia Social y de las Mentalidades* N° 4. Santiago, Departamento de Historia, USACH. 2000; Sergio Grez: “De la regeneración del pueblo a la huelga general. Génesis y evolución histórica del movimiento popular en Chile (1810-1890). Sergio Grez, «Una mirada al movimiento popular desde dos asonadas callejeras (Santiago, 1888-1905)», Cuadernos de Historia, 19, 1999, pp. 157-193. Sergio Grez Transición de las formas de lucha: motines peonales y huelgas obreras en Chile (1891-1907). *Revista Historia*. N° 33, año 2000. Instituto de Historia. Pontificia Universidad Católica de Chile.

domingo 26 de octubre de 1851 un levantamiento en donde:

*“...mineros y rotos de Chañarcillo se habían apoderado del cuartel y apresado su guarnición; y que a los gritos de “Viva Cruz” saqueaban el comercio y establecimientos de Juan Godoy.”*<sup>38</sup>

Sin duda que la causa de fondo que nos ayuda a entender y explicar las formas que adquieren las manifestaciones populares se encuentran en ese profundo y latente conflicto social que existe entre esa masa numerosa de trabajadores y la elite propietaria y dominante. Ciertamente a esto se refiere el mismo Intendente Fontanes cuando señala que es gracias a la Guardia Cívica, es decir a la represión y el control social, que se logra frenar o retardar la “explosión social” y de clases, ese volcán que tiene la sociedad copiapina bajo sus pies.

La respuesta de la elite copiapina y de las autoridades políticas no tardaron en llegar, a tempranas horas de la mañana del 27 de octubre y a muy pocas horas después de iniciado el levantamiento, salía a sofocar dicho motín el cuerpo de vigilantes, 50 infantes cívicos y cuarenta hombres de caballería. Toda la fuerza “pacificadora” bajo las órdenes del ciudadano José Joaquín Vallejos.<sup>39</sup> Sin embargo, los amotinados ya habían desatado su furia contra las principales casas comerciales y patronales. La llegada de las fuerzas del orden a las cuatro de la tarde a Chañarcillo

*“...aunque logró cortar el daño poniendo en fuga a los ladrones y tranquilizando al lugar y a su pueblo, ya encontró consumada la horrorosa devastación de las casas de comercio y otros establecimientos industriales que allí había.”*<sup>40</sup>

Según los informes del jefe de la fuerza que mandaron a reprimir dicho levantamiento, Don José Joaquín Vallejos, y de distintas noticias que se recibieron

*“...jamás a sufrido ninguna población de Chile un saqueo más completo, más profundo. Los ladrones en número de mil por lo menos, despedazaron y arruinaron cuanto no pudieron esconder o llevar consigo, y si no llega tan pronto el auxilio habrían sido incendiados los edificios del pueblo y de las minas, cuyo actual beneficio ofrecían cebo a aquellas bandas de salvajes.”*<sup>41</sup>

Tampoco fueron capaces las fuerzas de orden de poder capturar y castigar a la gran masa de trabajadores que participó en este levantamiento, ni menos recuperar todas las especies robadas. Según el Intendente, “los bandidos”, en cuanto vieron las polvaredas de los carruajes y caballería, arrancaron y se ocultaron en las mil guaridas que brinda la

---

<sup>38</sup> A.I.A. Volumen 116, comunicación del intendente al Ministerio del Interior, 2 de noviembre de 1851.

<sup>39</sup> Ibíd.

<sup>40</sup> Ibíd.

<sup>41</sup> Ibíd.

geografía de Chañarillo y los que por ahí quedaban aislados o dando vuelta y disimulando su participación en el motín aparecían humildes, rendidos o embriagados. +

*“Uno solo que se atrevió a la resistencia, quedo en el sitio. Varios que se insolentaron o que huyeron a la voz de rendirse fueron heridos.”<sup>42</sup>*

Restituido el orden, todos los miembros de la división comenzaron a recoger los efectos, utensilios y mercaderías que los participantes del levantamiento tenían ocultas en el asentamiento minero, entre la población y las minas. Sin embargo, para las autoridades aunque lo que se ha recuperado y quitado es mucho, su valor práctico es nulo debido al pésimo estado en el que se encontraron, esto último, producto del mal trato que le dieron los peones a dichos efectos.

Al regreso de la división a Copiapó, luego de tres días de trabajo, el resultado es la detención y el traslado de noventa “bandidos”, la esperanza de lograr la prisión de otros implicados y la recuperación de algunas mercancías.<sup>43</sup>

Lo preocupante para la elite y las autoridades políticas era la participación popular en disturbios o desórdenes y su forma de expresión, la violencia generalizada contra la propiedad privada y pública, contra las autoridades y sus organismos de seguridad, sean estos Guardias Cívicas, policías o miembros del ejército.

La supuesta estabilidad social en la que vivía la clase dominante temblaba cada vez que los sectores populares arremetían con su conducta violenta y antisistémica, generando así, nuevos problemas para la elite. Esta última situación, trajo como consecuencia el permanente dictamen de órdenes o reglamentos que tenían por finalidad controlar la conducta y las manifestaciones sociales y de protesta de los sectores populares, conteniendo de esta manera su violencia, expresión social y popular que generaba situaciones de desorden económico, institucional y social.<sup>44</sup>

La rebelión en la provincia de Atacama comenzó en octubre, asumiendo “la forma de un vasto movimiento popular. Los mineros de Chañarillo tomaron el control del mineral y los obreros del ferrocarril en construcción de Caldera a Copiapó desencadenaron una huelga en apoyo a la insurrección y se apoderaron del ferrocarril, impidiendo el traslado de las tropas gobiernistas.”<sup>45</sup>

---

<sup>42</sup> Ibíd.

<sup>43</sup> Ibíd.

<sup>44</sup> A.I.A. Vol. 49. Ver por ejemplo. Decreto del presidente sobre las asonada, bullicios o tumultos populares, que amenace la tranquilidad i el orden público, que tienda a poner resistencia a los magistrados a desobedecer sus órdenes o a impedir la ejecución de sus providencias, enero 20 de 1847. Ver además los trabajos citados de María Angélica Illanes, principalmente: “Azote, salario y ley. Disciplina de la mano de obra en la minería de Atacama (1817-1850)” y del Profesor Hernán Venegas Valdebenito: “*Concertación Empresarial y trabajadores mineros en una economía en Transición- Copiapó 1848-1865*”.

<sup>45</sup> Sergio Grez: “De la regeneración del pueblo a la huelga general. Génesis y evolución histórica del movimiento popular en Chile (1810-1890). p. 361. Ver además Luís Vitale, op. cit.

Así, el levantamiento de mineros en Chañarillo a fines de octubre de 1851, como bien lo señala el Intendente Fontanes no es más que la antesala de las nuevas revueltas o alzamientos que se presentarán a partir de la ocupación de Copiapó en manos de los “revolucionarios” el 26 de diciembre del mismo año. Frente a lo sucedido en Chañarillo días antes que estallara la “revolución” en la principal ciudad del Norte Chico, el Intendente manifiesta su preocupación por lo sucedido y señalaba que:

*“aun cuando se recogiese todo lo robado, no curaríamos la herida profunda que la guerra civil acaba de hacer a la moralidad de la provincia. Si la crisis actual dura un poco de más tiempo, sino se arrasa de una vez esa guarida de revoltosos y bandidos que se formado en la plaza de la Serena, con cuyo amparo o refugio están contando los 5.000 ladrones que hay en este departamento, temo mucho señor ministro, que se repitan aquí las horribles escenas de Chañarillo, sin que toda la heroica decisión de este vecindario sea suficiente para evitarlas”.*<sup>46</sup>

Como si fuera adivino y presagiando lo que podía suceder en la principal ciudad del Norte Chico, el Intendente Fontanes manifestaba claramente su preocupación por la situación permanente de conflicto social que vive la Provincia. Sin duda, lo más alarmante para la autoridad era la forma y las características que asume el conflicto y la protesta social por parte de los sectores populares.

Las señales y las noticias de motines y alzamientos de la peonada o de “rotos” eran recurrentes. Por ello entendemos la disposición inmediata por parte de las autoridades, la clase dominante regional y las fuerzas del orden a la represión y el control social como única forma de poner freno a las incursiones violentas de los sectores populares en el espacio oligárquico. Sin embargo, las fuerzas de orden y seguridad no daban abasto con tanto llamado y exigencias para garantizar el control sobre la masa laboral del Norte Chico. Esta situación queda de manifiesto en los innumerables avisos y amagos de revueltas populares que las autoridades locales consignaban a la Intendencia. En ellos se denunciaban estos hechos y se señalaban las consecuencias funestas que tenía para el vecindario y las arcas fiscales provinciales, quienes debían asumir y resolver las urgentes y sucesivas demandas de recursos financieros y materiales para enfrentar dichos movimientos.<sup>47</sup>

Sin embargo, esta grave situación no es capaz de resolver la propia autoridad provincial. Son tan significativos los efectos de las convulsiones sociales y sus expresiones violentas que no se puede poner atajo a dichos problemas, ni menos correr con los gastos

---

<sup>46</sup> A.I.A. Volumen 116, comunicación del intendente al Ministerio del Interior, 2 de noviembre de 1851.

<sup>47</sup> *Señor Ministro: Hoy a las seis de la mañana se ha recibido en esta Intendencia un parte del subdelegado de Chañarillo comunicando la rebelión de la guarnición de aquel mineral, y los temores fundados que habían en aquel pueblo de una segunda asonada. A las siete de esta misma mañana he hecho salir 23 hombres de infantería al mando del Capitán Telles, y trece de la nueva brigada de policía al del Teniente Saavedra a relevar aquella guarnición.”* Juan Agustín Fontanes. A.I.A. Volumen 116, Copiapó 17 de Noviembre de 1851; ver además, El Copiapino. 12, diciembre de 1851.

que ello provoca. Ante esta situación, la única alternativa viable para enfrentar la arremetida popular era el apoyo del Gobierno central.<sup>48</sup>

Así por ejemplo, y en el marco de la antesala de la ocupación de Copiapó por parte de insurgentes, el Intendente Fontanes envió nuevamente a parte de la tropa de la ciudad en auxilio de Chañarillo. Sin embargo, en el mismo momento tuvo la noticia de otra asonada popular que se preparaba, teniendo por objetivo el ataque a los cuerpos de seguridad de dicha ciudad.

*“Dije a usted al principio de esta nota que estábamos amagados por diarias intentonas de revoluciones de rotos; y esto es por desgracia tan cierto, que debió efectuarse una en esta ciudad pocas horas después de la que estalló en Chañarillo. Los malvados obraban indudablemente en combinación en uno y otro punto.*

*Tan luego como salió de aquí la tropa en auxilio de Chañarillo, tuve el denuncia de que a la una de esa tarde atacarían a los cuerpos de guardia, varios grupos de malvados que con sus respectivos jefes se reunirían a esa hora en diferentes puntos de la ciudad.”<sup>49</sup>*

Frente a este nuevo e imprevisto enfrentamiento, las autoridades dispusieron prepararles una dura resistencia, derrotarlos y provocar una seria y debida lección a los amotinados en sus intentos por poner en peligro el orden público y la tranquilidad de los vecinos. No obstante, esto no fue posible:

*“Los bribones se apercibieron de que los esperábamos, y se disolvieron: de modo, que no pudimos aprehender sino uno que otro en sus puntos de reunión. Los que aparecían de caudillos se han escapado.”<sup>50</sup>*

Respecto de los párrafos anteriores surgen algunas interrogantes importantes. Sin embargo, producto de los límites y objetivos de este trabajo, la información y documentación en general disponible no podemos resolverlas de forma categórica, permitiéndonos a lo más, aventurarnos en un par de hipótesis. Estas dicen relación fundamentalmente con los niveles de organización y conexión de los amotinados, con los líderes o caudillos de estos movimientos y con las motivaciones de dichas acciones.<sup>51</sup> Para dichos problemas, es de vital importancia en un primer momento identificar “los rostros de la multitud”, saber ¿Cómo era de numerosa la multitud involucrada en los motines o revueltas populares, cómo actuó, quiénes (en su caso) eran sus promotores, quienes la formaban y quienes la lideraban? ¿Quiénes eran el objetivo o las víctimas de las

---

<sup>48</sup> A. I. A. Volumen 116, Copiapó 2 de Noviembre de 1851.

<sup>49</sup> *Ibíd.*

<sup>50</sup> *Ibíd.*

<sup>51</sup> Este trabajo, como dijimos anteriormente, corresponde a parte de la Tesis de Maestría “Revolución popular y motines peonales en el Norte Chico. Copiapó en el contexto de la Guerra Civil de 1851”. Universidad de Santiago de Chile, Departamento de Historia, 2006. En esta tesis se encuentran desarrolladas algunas reflexiones referidas a las problemáticas planteadas a modo de interrogantes en este artículo.

manifestaciones de la multitud? Luego, y una vez caracterizada e historizada la protesta popular nos interesa saber más concretamente, ¿Cuáles eran los objetivos, las motivaciones y las ideas subyacentes de estas acciones?<sup>52</sup>

Estas incógnitas, son a nuestro entender importantísimas a la hora de analizar y caracterizar la participación popular en dicho conflicto y sobre todo las formas de protesta popular por ellos desplegada. Trataremos por tanto de aclarar estas interrogantes a medida que nos centremos con mayor detalle en las acciones y manifestaciones de violencia social desarrolladas por los sectores populares de Copiapó. Revelar los rostros de la multitud será el primer paso hacia la restauración de la identidad histórica y política de esta muchedumbre y la de sus componentes. Permanecerá sin embargo, nuestro interés sobre los asuntos relacionados con la orientación y los objetivos de este tipo de manifestaciones populares.<sup>53</sup>

El desborde popular que se avecinaba en la zona de Copiapó era algo de minutos o días, los rumores y las constantes noticias de preparativos y reuniones clandestinas por parte de algunos “partidarios de Cruz” hacían presagiar lo peor para la clase dirigente. Esto debido a la posible y terrible combinación entre la insurrección desatada por las fuerzas de Cruz en contra del centralismo y la presidencia de Montt y la persistente y violenta actuación e intromisión de los sectores populares en la vida política, económica y social de Copiapó.

La situación de alarma es parte de la vida cotidiana de los “vecinos de esta ciudad”, estos no solo deben gastar parte de su dinero y tiempo en la prevención de delitos y alzamientos de peones, también deben invertir grandes sumas de dinero en los presos de la cárcel, gastando parte de su presupuesto en custodiarlos. Era urgente la llegada de nuevos recursos y la inyección de una mayor fuerza represiva en la zona, además de medidas políticas y legales que frenen de manera efectiva la presencia y la arremetida popular en el conflicto político que se desarrollaba hasta ese momento, entre miembros e intereses propios de la clase dirigente. Esta realidad queda reflejada en los requerimientos que plantea el Intendente de la Provincia al Ministro del Interior señalando que sin

*“medios eficaces de represión, sin una fuerza pública que les imponga, sin autoridad para castigarles severa y oportunamente no obstante la evidencia de su crimen, tengo que confesar que hemos tocado la crisis más difícil que podría ponérsenos por delante. Si el Gobierno no manda aquí 150 hombres de tropa de línea a 20,00 \$ para organizar una fuerza respetable de policía, Copiapó corre un gran peligro. El dinero ha desaparecido completamente.”<sup>54</sup>*

---

<sup>52</sup> Para una profundización teórica y metodológica de estas temáticas ver los clásicos trabajos de George Rudé: “*Protesta Popular y revolución en el siglo XVIII.*”; “*La multitud en la historia. Los disturbios populares en Francia e Inglaterra, 1730-1848*”. Ver Además el interesante estudio de la obra de Rudé de Harvey J. Kaye: “*El rostro de la multitud.*” Biblioteca Historia Social. Valencia 2000; Lorenzo Cadarso, Pedro: “*Fundamentos teóricos del conflicto social*”. Siglo XXI editores. Madrid, 2001.

<sup>53</sup> Harvey J. Kaye: “George Rudé, Historiador Social”. Biblioteca Historia Social. Valencia 2000.

<sup>54</sup> A. I. A. Volumen 116, comunicación del intendente al Ministerio del Interior, 2 de noviembre de

Esta es la respuesta y salida que tiene la clase dirigente hacia las manifestaciones de violencia social popular y a la posible participación peonal en el conflicto patricio que afecta a una gran parte del país en ese momento. Su rebeldía constante y su violencia social recurrente le preocupa, le incomoda, le provoca daños y le genera gastos, pero no sabe que responder, solo le queda la “heroicidad de los vecinos” de la ciudad y la represión violenta contra las asonadas populares.

En este contexto de incertidumbre y de pánico para el “pueblo noble” de Copiapó, el día 26 de diciembre a las cuatro de la tarde, el estampido de un cañonazo disparado a orillas del Batallón Cívico de Copiapó, avisó a los ciudadanos el inicio de la “revolución”. Lo primero fue el amotinamiento de

*“...la guardia del principal, con cuarenta presidiarios que custodiaba, se apoderaron de las armas i municiones depositadas en el cuartel de cívicos i empezaron a hacer fuego a los vecinos que habían ocurrido a la plaza a sofocar el motín.*

*Desprovistos los ciudadanos de armas i municiones, no pudieron resistir a los amotinados i comenzaron a extenderse por toda la población engrosando su número con todos los vagos y proletarios que encontraban.”<sup>55</sup>*

Una de las primeras medidas de los sublevados fue dejar en libertad a los presos y armarlos inmediatamente. Siguió el movimiento los gendarmes de a pie, quienes se encontraban acuartelados en unas piezas cercanas a la plaza de Copiapó. También se sumaron al alzamiento unos 40 a 50 hombres armados que salieron de la casa del cigarrero Azola. Otro grupo de igual número, pero de soldados y que se ocultaban en el patio de la iglesia vieja de la matriz, tomaron la misma medida.<sup>56</sup>

Frente a esta situación de desconcierto, algunos ciudadanos que se percataron de lo sucedido corrieron a “...tomar las armas que días antes se le había distribuido”.<sup>57</sup>

Claramente, el ambiente dentro de los habitantes de la ciudad de Copiapó y sobre todo, entre las autoridades y los sectores sociales cercanos y leales a estos, era de alarma y cuidado. Así podemos explicar el hecho de haber tomado precaución por los posibles alzamientos de la poblada, situación que se tradujo en el reparto de armamento entre los miembros de la élite copiapina para frenar cualquier intentona de sublevación.

Sin embargo, la medida de precaución no fue suficiente frente a la arremetida de los insurgentes, quienes al tomarse la plaza y la central de abastecimiento de armas y municiones aseguraron la victoria temporal de dicho enfrentamiento.

---

1851.

<sup>55</sup> A. I. A. Vol. 116. 13 enero de 1852. Ver además: El Copiapino. 13 de enero de 1852.

<sup>56</sup> El Copiapino. 13 de enero de 1852.

<sup>57</sup> A. I. A. Volumen 116, comunicación de Victorino Garrido al Ministerio del Interior, 31 de enero de 1852.

En medio de los primeros enfrentamientos armados, algunos de los vecinos lograron fugarse de la ciudad, mientras otros se escondían. Entre tanto, los amotinados, nombraron como jefe a Bernardino Barahona, emprendiendo de inmediato la casería de todos los “vecinos” que se encontraban en la calle, para luego imponerles contribuciones pecuniarias o en especies en rescate de su libertad.<sup>58</sup> Según el Intendente Fontanes, la gran mayoría de las casas fueron allanadas y registradas, muchas de ellas saqueadas. Se forzó además a los comerciantes a abrir sus almacenes y tiendas para ir enseguida con órdenes de los jefes insurgentes y con grupos armados a sacar efectos de contribución.

Mientras esto sucedía en Copiapó, las peonadas de los minerales de Chañarcillo y Tres Puntas también se alzaron, saquearon el vecindario y luego bajaron a unirse con sus compañeros de la ciudad, realizando en el trayecto una serie de

*“robos, violencias y toda clase de excesos al grito de viva Cruz”.*<sup>59</sup>

Enteradas las autoridades de los vaivenes de los enfrentamientos, deciden rápidamente dirigirse al cuartel, sin embargo, este ya se encontraba en poder de los amotinados. Lo mismo sucedía con el cuartel de infantería recientemente creado, donde la revolución había sido proclamada y aceptada por la tropa.

Desprovisto el Intendente del apoyo y la fuerza militar tradicional de la ciudad, se dirige a la calle principal del comercio copiapino para juntarse con los ciudadanos que se preparaban con sus armas para desalojar a los revoltosos de la plaza.<sup>60</sup> Reunidos aproximadamente unos 40 de ellos marcharon apresuradamente sobre las fuerzas rebeldes, produciéndose un fuerte enfrentamiento. Por su parte, el Comandante del Batallón Cívico Don Tomás Gallo se adelantó a reprimir la insurrección de su tropa, recibiendo a cambio varios tiros de los rebeldes, quienes posteriormente logran en la puerta misma del cuartel desarmarlo y ponerlo preso. Mismo futuro le tocó a los jóvenes oligarcas Cabezón, Manterola, Varela, Comandante de Gendarmes, y varios otros que cayeron en prisión desde ese momento.

*“El fuego, sin embargo, se sostiene con entusiasmo por parte de los ciudadanos: Don Juan Crisóstomo Álvarez, acompañado de unos pocos llega hasta desarrajar su caballo sobre una pieza de artillería de los revoltosos; el malogrado joven Don Emigdio Segundo Salvigni recibe un balazo en la cabeza que le deja muerto en el acto; los jóvenes Don Juan de Dios Arana (ya muerto), Don Tomás Walter, Don Rafael Sayago, Don Juan Dejeas caen heridos, gravemente los dos primeros; la animación crece por momentos, y el encarnizamiento de los amotinados hubiera vistose obligado a ceder, si la circunstancia de haberse concluido las municiones a los ciudadanos no los hubiera hecho desamparar su posesión y retirarse a buscar cartuchos para continuar el ataque.”*<sup>61</sup>

---

<sup>58</sup> A. I. A. Vol. 116. 13 enero de 1852.

<sup>59</sup> *Ibíd.*

<sup>60</sup> El Copiapino. 13 de enero de 1852.

<sup>61</sup> A. I. A. Volumen 116, comunicación de Victorino Garrido al Ministerio del Interior, 31 de enero de

El enfrentamiento se prolongaba, trayendo como resultado los primeros heridos y cayendo las primeras víctimas fatales. Paulatinamente el combate se recrudecía, situación que puso en peligro de muerte, al propio Intendente Juan Agustín Fontanes, quien en medio de las descargas entre las fuerzas del orden y los amotinados es blanco de los disparos insurgentes, siendo atravesado su sombrero por una bala de estos.

La falta de municiones de las fuerzas vecinales y de las autoridades se hizo irremediable, todos los pertrechos de guerra del departamento se encontraban en el cuartel asaltado y en poder de los sublevados.

Asumido el Intendente de lo infructífero de la resistencia, y viendo además como las partidas de los amotinados invadían todas las calles a balazos, estimó conveniente pedirle a los vecinos no mezclarse en la revuelta y retirarse al caer la noche fuera de la ciudad para organizar una fuerza capaz de vencer a los sublevados de la plaza. De esta forma el motín se extendía a todos los barrios de la población, y después de largas dos horas de un intenso fuego, las autoridades inician la retirada, resignándose a una derrota

*“cuyos males se preveían; pero a cuya fatalidad era imposible resistir”.*<sup>62</sup>

Con el repliegue del Intendente y la derrota militar de las fuerzas que resistían el alzamiento, los insurgentes nombraron un nuevo Intendente para la Provincia, Don Bernardino Barahona.

El alzamiento de la plaza o “revolución” como le llaman los contemporáneos<sup>63</sup>, fue realizado por los músicos del Batallón Cívico, la guardia del cuartel, y la Compañía de Infantería de Línea que días antes se había organizado para la seguridad pública<sup>64</sup>, dirigidos según las autoridades por Don Bernardino Barahona, Don Germán Yávar y Don Santiago Díaz.<sup>65</sup> A partir de entonces, comienza la integración y la participación de la peonada de los centros mineros de la provincia. En palabras del Copiapino,

*“la chusma acudía a incorporarse en las filas de la insurrección; pero era esa muchedumbre que siempre corre donde está el orden, donde concibe la esperanza de satisfacer los instintos de saqueo y de sangre. Luego que los insurrectos se vieron dueños de la plaza, principió la persecución contra las personas decentes; bastaba solo andar vestido de frac, o el tener alguna importancia, para ser*

---

1852; El Copiapino. 13 de enero de 1852.

<sup>62</sup> A. I. A. Volumen 116, comunicación de Victorino Garrido al Ministerio del Interior, 31 de enero de 1852.

<sup>63</sup> Al respecto ver la prensa de la época y de la zona, además de los distintos informes realizados por los subdelegados y por el propio Intendente de la Provincia de Atacama.

<sup>64</sup> Para una detallada relación de los acontecimientos y participación de los amotinados en alzamiento del 26 de diciembre de 1851: Ministerio de Justicia. Volumen 144.

<sup>65</sup> A. I. A. Volumen 116, comunicación de Victorino Garrido al Ministerio del Interior, 31 de enero de 1852.

*arrastrado a los calabozos de la cárcel, sin respetar si quiera a los enfermos”*<sup>66</sup>.

Al mismo tiempo, los amotinados de Copiapó saqueaban la casa de la Intendencia, la de los principales vecinos y el estanco. Las puertas de la imprenta del Copiapino fueron destrozadas a culatazos, los materiales del interior destruidos y otra parte robada.

El bullicio de las explosiones, las cargas disparadas, las partidas de gente armada en las principales calles de la ciudad, los allanamientos a las casas y

*“...las tropelías y salteos que se cometían en nombre de Cruz y de la libertad, tenían a la población consternada”*.<sup>67</sup>

Durante la noche, se dio inicio a la búsqueda y persecución de las autoridades políticas del gobierno y los agentes y ciudadanos leales a las fuerzas derrotadas en el motín. Los calabozos de la cárcel de la ciudad, probablemente por primera vez en la historia de Copiapó, ya no se encontraban repletos de gañanes o peones de minas, no habían borrachos ni pendencieros, ni menos de trabajadores acusados de robar mineral de la mina (cangalla). Las celdas de la prisión fueron pobladas con destacados miembros de la elite regional y nacional. Posteriormente se dictaron disposiciones de castigo a todas las personas que se manifestaran enemigas de las nuevas autoridades y del nuevo orden.

A los días siguientes del triunfo de la insurrección, se emprendió la medida de exigir contribuciones a cambio de la libertad de muchos vecinos pudientes de la ciudad. Se estimó a

*“Don Tomás Gallo Goynechea la cantidad de 50.000\$ en el término de dos horas. Otro tanto se hizo a los señores López, Lavalle, Urbina, Ygualt, Picón, Ossa Varas, y a la mayor parte de los comerciantes y bodegueros de la ciudad...”*

*El número y valor de las exacciones, según los datos que hasta ahora he podido proporcionarme, y según también la valorización de los saqueados asciende a la cantidad de 56,300 y tantos pesos, depredados a 58 comerciantes, propietarios y negociantes de poca monta.”*<sup>68</sup>

La revolución y los amotinados no solamente se quedaron en Copiapó. Rápidamente una vez desaparecido la resistencia oficialista, salía un contingente importante de personas armadas hacia el mineral de Chañarcillo con el objetivo de recolectar las armas y dinero que se encontraba.

*“Se recogieron en efecto todas las armas, apoderándose después de un tiroteo del pueblo de “Juan Godoy”, del mineral, y organizando*

---

<sup>66</sup> El Copiapino. 13 de enero de 1852.

<sup>67</sup> Ibíd.

<sup>68</sup> A. I. A. Volumen 116, comunicación de Victorino Garrido al Ministerio del Interior, 31 de enero de 1852.

*en el acto un batallón de mineros que bajo inmediatamente a la ciudad”.*<sup>69</sup>

Otro tanto parecido se presentó en Caldera, donde una partida significativa de amotinados salió en persecución de los vecinos de Copiapó que se fugaron a dicha ciudad. Poniendo en

*“combustión el pueblo y continuaron los mismos sucesos, bajo los mismos caracteres de la revolución de la ciudad.”*<sup>70</sup>

Los amotinados de Caldera comenzaron de inmediato el asalto de las casas de la empresa de ferrocarril, lugar desde donde fueron repelidos a balazos con pérdida de algunos de los insurgentes. Sin embargo, al poco tiempo los amotinados se apoderaron de los trenes, del camino, y de la gran mayoría del armamento que había en aquel sitio. Posteriormente, hicieron desembarcar un cañón de la Barca Nacional “Atacama”, reclutando además a todos los trabajadores de la empresa de ferrocarril.

Más tarde, apoderados por completo de la ciudad los amotinados constituyeron un nuevo batallón que situaron de inmediato en los trenes, llegando dos horas después a la ciudad en medio de numerosas ovaciones de parte de la multitud amotinada.

Dueños los insurgentes del pueblo de la Caldera y habiéndose escapado en barco el 28 de diciembre la mayor parte de los miembros de la elite oficialista que quedaba, incluidos la totalidad de los ingenieros del ferrocarril,

*“la primera medida del gobierno de los anarquistas fue apropiarse del camino y nombrar nuevos directores, empleados y tesorero de la empresa. Se dictaron nuevos reglamentos, se asignaron nuevos sueldos, se confirieron empleos a los partidarios de la revolución. En una palabra, los insurgentes, fatigados de no encontrar a las personas de sus enemigos, atacaron sus propiedades, y desde aquel día, los producidos de la primera empresa industrial de la República principiaron a ingresar en las arcas del motín.”*<sup>71</sup>

Mientras tanto, en Copiapó se sucedían las medidas y las órdenes para garantizar el triunfo de la “revolución”. Con la publicación de simples decretos se ponían a disposición de las nuevas autoridades las especies estancadas. Imitando las acciones de los sublevados del sur de Chile, se mandó circular una cantidad importante de monedas, tanto nacionales como internacionales, de oro, plata y cobre. Se obligó además, a que

---

<sup>69</sup> Ibíd.

<sup>70</sup> Ibíd.

<sup>71</sup> Ibíd.

*“abriesen las tiendas y talleres, sin que a pesar de tanto empeño pudiese aparecer la confianza bajo los temores de un asalto con que se había prometido contentar a los mineros.”<sup>72</sup>*

Tal era la situación de Copiapó a los días de haberse declarado la insurrección. Ante este triste panorama, las autoridades derrotadas en la revuelta, encabezadas por el Intendente depuesto, Don Juan Agustín Fontanes, acompañado por algunos soldados y leales vecinos se retiraron río arriba de la ciudad con el objetivo de reunir armamento, municiones, cabalgaduras, pertrechos de guerra y reclutar personas. Todo esto, con la intención de promover una embestida frontal a la plaza donde se habían juntado los rebeldes. Sin embargo, los esfuerzos de las autoridades fueron inútiles, debiendo esperar los refuerzos militares provenientes de las fuerzas pacificadoras triunfantes de La Serena.

En tanto, en los principales centros mineros y sus alrededores, la situación se tornaba cada vez más violenta y peligrosa para los señores del poder, para sus familias y sus propiedades. La peonada minera que componía la mayoría de la población de estas zonas se aprontaba raudamente para nuevos enfrentamientos. Los acontecimientos de Copiapó y Chañarillo llegaron al día siguiente al mineral de Tres Puntas. La impotencia de las autoridades de este mineral y lo imprevisto de los hechos no permitieron tomar precauciones ni menos preparar una rápida resistencia a la asonada peonal, permitiendo que los mineros se entregasen al más completo desenfreno.<sup>73</sup>

La situación de desorden generalizado en la Provincia, presenta la oportunidad propicia para que los mineros aprovechen este momento y den paso a las formas más características de expresarse socialmente frente a la elite y a las autoridades. Según *El Copiapino*:

*“...una vez que hubo llegado a este punto el estado de las cosas en el mineral de Tres Puntas, se dio principio a los robos con singular desenvoltura. Esto no era solamente ese pillaje que hace la soldadesca después de una victoria o en otras circunstancias; era el exterminio de todo lo existente, la devastación de cuanto se presentara a la vista.*

*Los mineros tienen el sentimiento de su propia inferioridad; acostumbrados a obedecer y ser mandados, han adquirido el peso del abatimiento.”<sup>74</sup>*

Era dicha conducta violenta la que amagaba la estabilidad social y proyectaba situaciones de desorden institucional. Es esta conducta desafiante por parte de la peonada la que era necesario contener. La presencia de las turbas populares en el centro cívico y minero, amenazando los locales comerciales, las autoridades locales y los recintos que cobijaban al poder, o las bandas de mineros armados que saqueaban las propiedades de la

---

<sup>72</sup> Ibíd.

<sup>73</sup> El Copiapino, viernes 16 de enero de 1852.

<sup>74</sup> El Copiapino, viernes 16 de enero de 1852.

oligarquía, comenzaron a transformarse en un fenómeno complejo, difícil de resolver para la élite.

En el levantamiento popular de los Minerales de Tres Puntas y Chañarcillo la peonada arremetió como siempre contra los principales edificios, instituciones y propiedades de la elite. Respecto de lo anterior llama la atención el comentario realizado en el diario “El Copiapino” señalando la diferencia que existe entre las características del conflicto civil en Copiapó con lo que tradicionalmente ocurre en una guerra civil. En este sentido, se señala que cuando el bando triunfador entra en territorio derrotado u ocupa una zona, por lo general se da paso al pillaje de los vencedores. Sin embargo, dice el *Copiapino*, en el caso particular de este conflicto y de esta zona del país, no se produce el fenómeno antes señalado.

La reacción de las fuerzas insurgentes y principalmente de las fuerzas peonales, una vez presentada la victoria militar transitoria, es la de destruir o exterminar todo los vestigios materiales de las autoridades, de los dueños y administradores de minas, presentándose o desenvolviéndose en el espacio público de la elite como una especie de huracán popular que desata toda su furia y rechazo hacia lo existente, a lo que en pocas palabras representa y explica su situación inmediata como sujeto.

La peonada minera de Copiapó no se introduce en una tienda comercial, en una casa o en una bodega sólo para robar, sino para romper, para liquidar o prender fuego, es decir para extinguir o abolir lo representativo de lo que se puede entender como autoridad, como poder, como enemigo. Por ello el comentario del “*sentimiento de inferioridad*”, ese que lo obliga y lo diferencia del superior, que lo aleja de la elite, de la autoridad política y militar, de las personas y cargos a los cuales debe obedecer permanentemente y cotidianamente.

Por ello, cuando los sectores populares tienen la oportunidad de quebrar o romper esta situación desigual en las relaciones sociales y políticas lo hacen de manera violenta, sin escrúpulos, sin vacilaciones, destrozando todo lo que este a su paso, total nada es de ellos, nada les pertenece materialmente ni moralmente. Es el desenfreno de las frustraciones y de las reparaciones, ese actuar que no busca la apropiación de algo material, pues ¿a dónde lo llevan?, ¿a qué lugar o domicilio?, si no existe, por ello el romper todo, sino lo pueden tener ellos, no lo tiene nadie.

Queda de manifiesto según los acontecimientos narrados por la prensa copiapina, la significativa y violenta participación de trabajadores mineros en el alzamiento de Chañarcillo y Tres puntas. Nuevamente aparece entre los miembros de la elite esta idea del mundo al revés, donde los mineros se dejan llevar por sus más escandalosos y eufóricos sentimientos de rebeldía. Es la idea política y moralizadora de la elite que piensa que los alzamientos y motines tienen por finalidad suspender temporalmente las horas de trabajo y dejarse llevar, de esta manera, por los bajos deseos del ocio y la vagancia. Para la clase dominante del Norte Chico la peonada minera son hombres

*“...en quienes existe cierto carácter de bravura, cierta chispa de soberbia, apetece con vehemente deseo los casos de revueltas para gozarse del tiempo en que se suspende el peso de la vida.*”

*Como el desgraciado que saborea los instantes de felicidad y apura la copa hasta la última gota, así reciben los hombres de que hablamos las ocasiones de capear, a la sombra de los trastornos, en un terreno en que todas las cosas se ofrecen al reverso del orden preexistente. No contentos con sacudir el yugo que les imprime la voluntad superior de los demás, se entregan a todos los excesos imaginables, como en venganza del dominio que por tanto tiempo ha gravitado sobre ellos.*<sup>75</sup>

Podemos entender a partir de la cita anterior, que los sectores populares del Norte Chico, cada vez que producen o desencadenan un tumulto o un “trastorno”, se desenvuelven y recrean sus conductas sociales concientemente, como hombres libres, siendo los momentos de la revuelta, los tiempos plenos de felicidad, esos que permiten vengarse del orden social existente y de quienes lo sustenten. Esos momentos que permiten reparar los agravios realizados por las autoridades, sean estas civiles o militares.

En este sentido, podríamos señalar o aventurarnos en considerar que estos actos tumultuarios, que se presentan la mayoría de las veces inorgánicamente y convertidos en asonadas populares serían una expresión conciente de la masa peonal, que busca a través de la ocupación y control del espacio minero, es decir del espacio público, intervenir y manifestar sus reparos y fundamentalmente sus resentimientos sociales, esos que dirige contra la clase propietaria y los encargados del orden social y político.

De esta manera, las expresiones tradicionales de malestar popular no tienen, “como a simple vista pudiera parecer, un desarrollo anárquico y espontáneo, sino que estos repertorios de acción colectiva están sujetos a normas más o menos pautadas, dictadas con la costumbre (por ejemplo, la movilización en fiestas populares y rituales comunitarios), la experiencia y el sentido común”<sup>76</sup>.

Este prototipo de manifestaciones populares violentas habla de grupos sociales de interés concretos, con enormes potencialidades, de espacios y agrupaciones de individuos identificados por aspiraciones similares o por puntos de vista sociales análogos, pero sin imaginar ni proyectar directrices ni criterios de conductas políticas conscientes ni explícitas.<sup>77</sup>

Estas son las particularidades de la guerra civil de 1851 en Copiapó. Conflicto en un comienzo encabezado y controlado por los algunos miembros de la elite y por los propios encargados del orden, como los Guardias Cívicos, pero que en el caso particular de Copiapó y sus centros mineros cercanos, estará marcado además por la gran presencia y protagonismo de los sectores populares, alcanzando como de costumbre su intervención niveles importantes de violencia social.

En el contexto de la guerra civil, la violencia social fue desplegada nuevamente con gran intensidad en el Mineral de Chañarcillo y Tres Puntas, saqueos, destrozos, violencia y

---

<sup>75</sup> El Copiapino, viernes 16 de enero de 1852.

<sup>76</sup> Eduardo González Calleja: “La violencia en la política...”. p. 441

<sup>77</sup> Ibíd.

enfrentamientos son sin duda, algunos de los elementos más característicos y simbólicos de los motines de mineros.

Aunque los miembros de la elite, las autoridades políticas, los mayordomos de los centros mineros y los cuerpos de seguridad estaban acostumbrados y preparados para este tipo de problemas o conflictos sociales, no pudieron enfrentar y detener de manera efectiva el avance y el control de los trabajadores sobre el mineral. En un detallado relato de la prensa copiapina<sup>78</sup>, queda de manifiesto las características que asume la guerra civil en Chañarillo. A partir de éste, podemos plantear que el conflicto militar que afectó a la elite regional y nacional, conceptualizado tradicionalmente como una guerra civil, se presenta en los centros mineros más como una guerra social que como un conflicto intraelite. Es la expresión violenta de un conflicto social latente, como una especie de guerra de clases, que denota además, las particularidades, características y dinámicas de este espacio geográfico y social.

El mineral de Chañarillo ocupa una superficie reducida, cualquier altercado, movimiento extraño o conflicto es advertido inmediatamente por las autoridades encargadas del orden, y como los motines, saqueos y desórdenes eran recurrentes en el mineral, todos los administradores, mayordomos y placilleros se encontraban preparados con armas en caso de presentarse un nuevo alzamiento popular. De esta forma, en cuanto los peones se reunían y daban señas de algún movimiento, las autoridades y los sostenedores del orden se organizaban inmediatamente en el centro minero y en su Villa Juan Godoy para repelerlos.

En este ambiente de miedo y precaución por parte de la clase dominante a las intenciones populares, se produce esta especie de preparativo bélico antipopular, dispuestos a un inevitable enfrentamiento entre clases, se preparan las condiciones del combate, se reparten el armamento y se convencen de la forma de hacer pagar muy caro la repetición de nuevos atentados al orden público y a la propiedad privada en general. Sin embargo, los esfuerzos y los preparativos de las autoridades para amedrentar a los peones y garantizar el orden social no dan resultados positivos, presentándose la noticia de la gestación de una nueva revuelta peonal.

Las autoridades sin pérdida de tiempo desplegaron diferentes partidas armadas por las calles principales del pueblo. Con la intención de repeler toda invasión que se intentase sobre él, se reforzaron al mismo tiempo la plaza principal con el mayor número de vecinos y autoridades armadas.

*“Dispuestas las cosas de este modo, se dirige la chusma a consumir sus intenciones, armándose con atados de piedras y cuchillos, a falta de armas de fuego; a excepción de una que otra pistola que tenían algunos de los bandidos; pero que no usaban sino por pura ostentación.*

*Principió entonces el fuego de las armas por una parte y el tiro de piedras que lanzaban en forma de lluvia por la otra. Mientras que las dos potencias combatían de este modo, los bandidos sufrían sus*

---

<sup>78</sup> El Copiapino, viernes 16 de enero de 1852.

*pérdidas de hombres, pues iban cayendo poco a poco y de uno en uno al golpe de las balas que se dirigían sobre la muchedumbre, casi a quema ropa en varios puntos”.*<sup>79</sup>

Como dijimos anteriormente, la guerra civil se desenvolvía en estos parajes como guerra social. Se presenta y se materializa el ejercicio de la violencia popular como expresión de intereses y motivaciones muy distintas a los objetivos de los miembros rebeldes de la elite que se levantaron contra Montt. Respecto de lo anterior, podemos plantear que el uso de la fuerza o de la violencia en este conflicto tuvo tres significados. Para la peonada minera, como práctica y herramienta de crítica, rebeldía y subversión social. Para los insurrectos de Copiapó pertenecientes a la elite regional, la violencia se transformó en el medio por el cual se podía cambiar el régimen político. Por el contrario, para la otra parte de la elite regional, la leal a las fuerzas del presidente Montt, el recurso de la violencia es concebido como el componente legítimo que tiene el Estado, por tanto la clase dominante, para garantizar el control político, económico y social de la “nación”.

Si consideramos las características del enfrentamiento y el tipo de armamento con el que contaban los peones de Chañarcillo, podemos plantear que en este espacio concreto de conflicto, no existe presencia de la elite insurrecta de la región, esa que dirigió junto a los cívicos de Copiapó el levantamiento de dicha ciudad. Es una insurrección netamente peonal, compuesta fundamentalmente por los trabajadores de las minas, quienes no cuentan con armas de fuego, ni menos con pertrechos con que continuar el enfrentamiento. Su armamento denota la composición social de los amotinados. Las piedras y cuchillos, armamento característico de las riñas populares, son armas que porta y obtiene cotidianamente el mundo popular, utilizándolas muchas veces entre sí. Esta situación nos habla de su disposición al combate, de sus limitaciones, de sus capacidades, más cotidianas que estratégicas, hechas a mano, todavía sin poder de fuego, ese poder que por el momento monopoliza la elite, en sus dos facciones, la insurrecta y la institucional.

Esta enorme limitante y la cruenta respuesta por parte de las fuerzas del orden a los amotinados de Chañarcillo, hicieron ver a los peones que no estaban en buena posición para continuar el enfrentamiento con las autoridades, tomando posteriormente la decisión de negociar. Para ello

*“mandan un parlamentario, cuyo honor cupo al minero llamado por sobre nombre Camarada, el mas astuto y entendido de los mineros.*

*Las proposiciones se reducían a que se les entregase la plaza con todo el contenido en especies y géneros, a excepción de las personas que ofrecían respetar religiosamente.”*<sup>80</sup>

---

<sup>79</sup> El Copiapino, viernes 16 de enero de 1852.

<sup>80</sup> Ibíd.

Advirtiendo las autoridades que quedaba mucho tiempo para llevar adelante nuevas medidas que hiciesen pagar caro la temeridad y obstinación de las fuerzas que se tomaron la plaza decidieron rechazar de forma categórica la proposición de la peonada sublevada.

Como dijimos anteriormente, las características del enfrentamiento armado entre peones y las fuerzas de seguridad muestran las diferencias enormes que había respecto de la composición del armamento entre ambos bandos como también la preparación y capacidad que tenían unos para llevar adelante la asonada y otros para repelerla. Todo lo anterior se tradujo materialmente en una cantidad importante de bajas que se habían producido en la jornada de combate, resultando unos catorce a quince individuos muertos y como treinta heridos por parte de los amotinados<sup>81</sup>.

Frente a esta situación de desventaja, las fuerzas de la insurrección desplegadas en la ciudad y las situadas en la parte superior del valle debatían distintas proposiciones, además de la elección de nuevos parlamentarios para negociar con las autoridades, quienes concientes de su poderío militar se negaban a perder por completo la ciudad.

Las particularidades espaciales de la región y la dinámica propia del enfrentamiento permitieron la unión de los peones de mina de Tres Puntas y Chañarcillo.

*“los unos contentos y ufanos con los despojos de Tres Puntas, y los otros animados con la derrota y sentimientos de venganza.”<sup>82</sup>*

Para la principal autoridad de las fuerzas pacificadoras, Don Victorino Garrido<sup>83</sup>, la revolución de Copiapó no ha sido una revolución, no ha sido una rebelión, no ha sido una asonada feliz,

*“ a sido si un desquiciamiento completo de la sociedad, un trastorno universal, una especie de cataclismo en que, la seguridad, propiedad, moralidad, virtud, honradez y patriotismo corrían confundidos en el torrente de anarquía que inundaba la población; era un saqueo organizado y simétrico, con todas las apariencias de un movimiento político...”<sup>84</sup>*

Los movimientos peonales violentos, las asonadas, los motines o los tumultos son expresiones y momentos de una enorme importancia para sus protagonistas, no sólo por el valor de la trasgresión social, sino también por las consecuencias legales y físicas que esto conlleva. Situación que por lo general se expresa, una vez terminado el alzamiento, en el rechazo, el castigo y la represión policial practicada por los propios miembros de la oligarquía o por los aparatos policiales del Estado encargados de mantener el orden.

---

<sup>81</sup> Ibíd.

<sup>82</sup> Ibíd.

<sup>83</sup> Máxima Autoridad militar de las fuerzas pacificadoras y leales al gobierno de Montt.

<sup>84</sup> A. I. A. Volumen 116, comunicación de Victorino Garrido al Ministerio del Interior, 31 de enero de 1852.

Por ello la respuesta más clásica de los sectores dominantes es su rechazo y criminalización moral, ética y penal, situación que en términos sociales se traduce no sólo en la deslegitimación política de los sectores populares, sino de sus demandas y formas de protestas, y por cierto, de sus problemáticas sociales.

Este rechazo, miedo y criminalización de la rebeldía popular tiene su base en la concepción de orden que tienen los miembros de la clase dominante. En este sentido, nos referimos a todos los sectores de la clase dominante, independiente de sus concepciones políticas y de su posicionamiento particular en el conflicto que se vivía en 1851.

Su concepción de orden social tiene que ver con una visión de la realidad como algo inmutable, solamente alterada en algunos casos por la voluntad de la propia elite o de Dios. Por ello que los trastornos sociales y políticos que provocan los motines populares o las incursiones violentas del mundo popular en el escenario de la elite son siempre vistas como algo inútil, como una destrucción innecesaria del orden, por ello sus connotaciones de catástrofe social.

Para la clase dominante copiapina, la participación popular y los significados de ésta en el conflicto civil intraoligárquico son claramente una situación de catástrofe, es el mundo al revés para la elite. Es la ocupación del espacio oligárquico, privado y privilegiado, ahora en manos de los rotos. Son las pasiones desatadas, las frustraciones y represiones contenidas por el mundo popular las que salen a la luz. Son estas incursiones en el espacio público de la elite, las que asombran y aterrorizan a los ciudadanos de Copiapó, quienes eran además

*“presa de los más terribles sobresaltos. Zapateros, sastres, gañanes, vagos de todas especies y todos países, se presentaban con descaro a exigir los uniformes de los oficiales cívicos para entrar de una vez en posesión de los grados que les habían sido conferidos por el jefe. En aquellos días era común encontrar en las calles hombres que abandonando su oficio, vestían la casaca y señían la espada o cargaban fusil”<sup>85</sup>.*

Este es el cataclismo del cual nos hablaba el restaurador del orden oligárquico don Victoriano Garrido, es el trastorno universal, donde el ladrón persigue al policía, donde el desordenado instauro el orden.

Mientras esto sucedía en Copiapó y sus alrededores, las fuerzas leales al gobierno y las que llegaban en auxilio se preparaban para el ingreso a la ciudad y los inevitables enfrentamientos con las fuerzas insurgentes. Sin embargo, antes de iniciar la ofensiva contra los amotinados, se da inicio a una serie de negociaciones para que los insurgentes depongan las armas y se rindan voluntariamente antes del enfrentamiento.

En este contexto se inscriben los esfuerzos del Intendente depuesto en señalarles

---

<sup>85</sup>

Ibíd.

a las nuevas autoridades “revolucionarias”, las condiciones en las cuales se encontraban las fuerzas ocupantes y los posibles escenarios de la guerra. La comunicación dirigida a Bernardino Barahona días antes de la batalla final que puso fin a la guerra civil en la región y en el país, advierte a los amotinados que se acercan a la ciudad un fuerte contingente militar para el restablecimiento del gobierno legal en la provincia. Señala además, que las demás fuerzas insurgentes del país, incluido en esto el propio jefe en el cual se ha levantado el motín de Copiapó, ha presentado su obediencia al presidente elegido por votación de la ciudadanía. Plantea además que este reconocimiento de las autoridades legales conlleva a una situación de resguardo tanto de vidas como de cargos para los amotinados. Manifiesta también al insurrecto líder Barahona que se encuentra defendiendo una causa que se encuentra desaparecida, sin líderes, y que prepara una resistencia desesperada, sin medios materiales y humanos para ello, ni menos con justificativos morales y políticos.

Por ello estima necesario el Intendente Fontanes invitarlos a un plan de paz antes de llevar adelante una cruenta batalla, instigándolo a separarse de los sectores populares que participan del levantamiento, de esa gente que se suma a las asonadas solamente con el objetivo de apoderarse de un botín o recompensa. Señalándole por último a la autoridad “revolucionaria” que

*“...Ud puede licenciar a la rotería que no ha formado nunca parte de la Guardia Nacional, depurar la que está a sus órdenes, entregarla al gobierno, con la división que tengo a mis órdenes, y el apoyo moral de todo el vecindario, yo le aseguro a usted, que habremos salvado del saqueo una de las más ricas joyas de la República...”<sup>86</sup>.*

Es el llamado de un miembro de la elite a otro miembro de ésta, es una conversación entre honorables, pertenecen a bandos políticos distintos, no importa, lo fundamental es salvar el orden económico, político, social y moral de la elite. Se ruega por el futuro de la República y la riqueza nacional, situación que a su juicio corre pleno peligro debido a la participación popular en la guerra civil. Frente a esto, todos los miembros de la elite, independiente de las diferencias y de los bandos políticos a los cuales pertenezcan pierden con esta situación caótica puesta al servicio del pillaje y la destrucción.

Según Fontanes, frente al inminente triunfo de las fuerzas de orden en las localidades más cercanas a Copiapó, como Vallenar, Freirina, Chañarillo y demás puntos importantes de la Provincia, no les queda a los insurrectos más alternativa que meditar la obediencia y la rendición. Sólo bajo estas condiciones se compromete la autoridad restauradora a tener del gobierno nacional la inclusión para el jefe de los insurgentes y los demás colaboradores las garantías prometidas por la rendición a todos los colaboradores de los motines sucedidos en la República.

---

<sup>86</sup> El Copiapino, 15 de enero de 1852.

En caso de no presentarse la rendición, el gobierno nacional responsabiliza a las autoridades insurrectas, particularmente a Barahona, de todas las desgracias que puedan presentarse producto de la negación a la obediencia.<sup>87</sup>

La rendición completa de la ciudad y de los insurgentes no llegó. De esta forma se lleva adelante el día 8 de enero de 1852 la batalla que pondrá fin a la guerra civil nacional, no así, al término de la guerra social. Según el informe elaborado por el jefe de las fuerzas pacificadoras Don Victorino Garrido, los amotinados con el objetivo de atacar a las fuerzas leales al gobierno y a la división pacificadora del Norte, en número de 400 a 500 individuos se atrevieron a salir de la plaza de Copiapó el 8 de enero hasta el campamento del lindero donde se encontraban apostadas las tropas oficiales. Sin embargo, se vieron enfrentados a unas fuerzas numéricamente superiores, recibiendo los insurrectos una seria derrota,

*“quedando en el campo muchos muertos, heridos y prisioneros. Al día siguiente comenzaron las fuerzas amotinadas a dispersarse llevándose con el botín que habían hecho en la ciudad durante los quince días de saqueo, y la División pacificadora del Norte, entro en la plaza a las dos de la tarde sin la menor resistencia.”<sup>88</sup>*

La derrota del “Ejercito de Los Libres”, según María Angélica Illanes, significó “el triunfo sobre el movimiento social contestatario de mayor envergadura que se había levantado en el marco de la guerra civil ya clausurada de 1851”.<sup>89</sup>

En el resto de la Provincia, los desenlaces de la “revolución” también se presentarán favorablemente a las fuerzas del orden. Copiapó y sus cercanías serán liberadas por las fuerzas pacificadoras y la normalidad política volverá a reinar. Sin embargo, la tranquilidad social, cimentada en ese “volcán” que tiene Copiapó bajo sus pies, seguirá generando nuevos conflictos sociales violentos. Las enormes grietas de la resquebrajada realidad del Norte Chico, seguirán por largo tiempo siendo el telón de fondo de los mismos y de nuevos enfrentamientos sociales.

Como señalan posteriormente los nuevos informes de subdelegados y autoridades locales del Norte Chico, los alzamientos y motines de rotos continuaron presentándose después de la derrota militar, tan violentos e inorgánicos como siempre<sup>90</sup>, aunque se haya reforzado la Provincia con más armamento o miembros de policía, del ejército y de la Guardia Cívica.

---

<sup>87</sup> El Copiapino, Carta dirigida al Sr. D. Bernardino Barahona. Totoralillo, diciembre 30 de 1851.

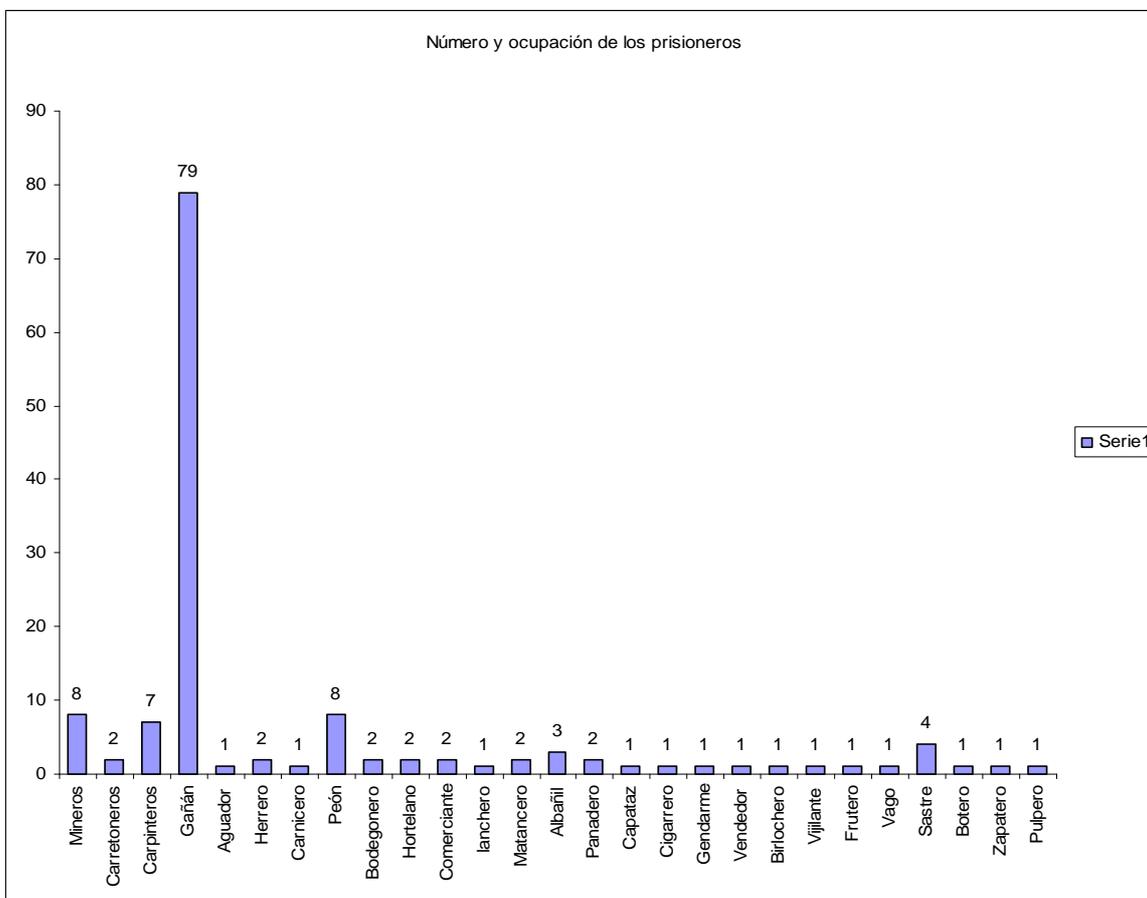
<sup>88</sup> A. I. A. Volumen 116, comunicación de Victorino Garrido al Ministerio del Interior, 13 de enero de 1852.

<sup>89</sup> Illanes, María Angélica: “Chile Des-centrado. Formación socio-cultural...”. p. 69.

<sup>90</sup> “Sabemos que en el barrio de Tres-Puntas ha habido ayer un alzamiento de rotos contra dos vijilantes felizmente la policía ocurrió a tiempo y pudo evitar nuevas desgracias. Somos de sentir que la autoridad debe dirigir la vista sobre esta clase de individuos que se manifiestan hostiles aun después de los sucesos ocurridos.” El Copiapino, viernes 16 de enero de 1852.

Respecto del desenlace de la Guerra Civil en Copiapó nos llaman la atención algunos hechos. Estos dicen relación con el tratamiento dado a los prisioneros que resultaron de la Batalla del Lindero de Ramadilla, batalla que como dijimos, puso fin a la Guerra Civil tanto en la región como a nivel nacional.

Por una parte tenemos una gran mayoría de detenidos que son puestos en libertad prontamente, entre los días 12, 14 y 15 de enero de 1852, es decir a no más de una semana del término del conflicto. Si nos detenemos a analizar el gráfico presentado a continuación nos damos cuenta que la característica principal de estos presos es que pertenecen en su gran mayoría a los sectores populares.

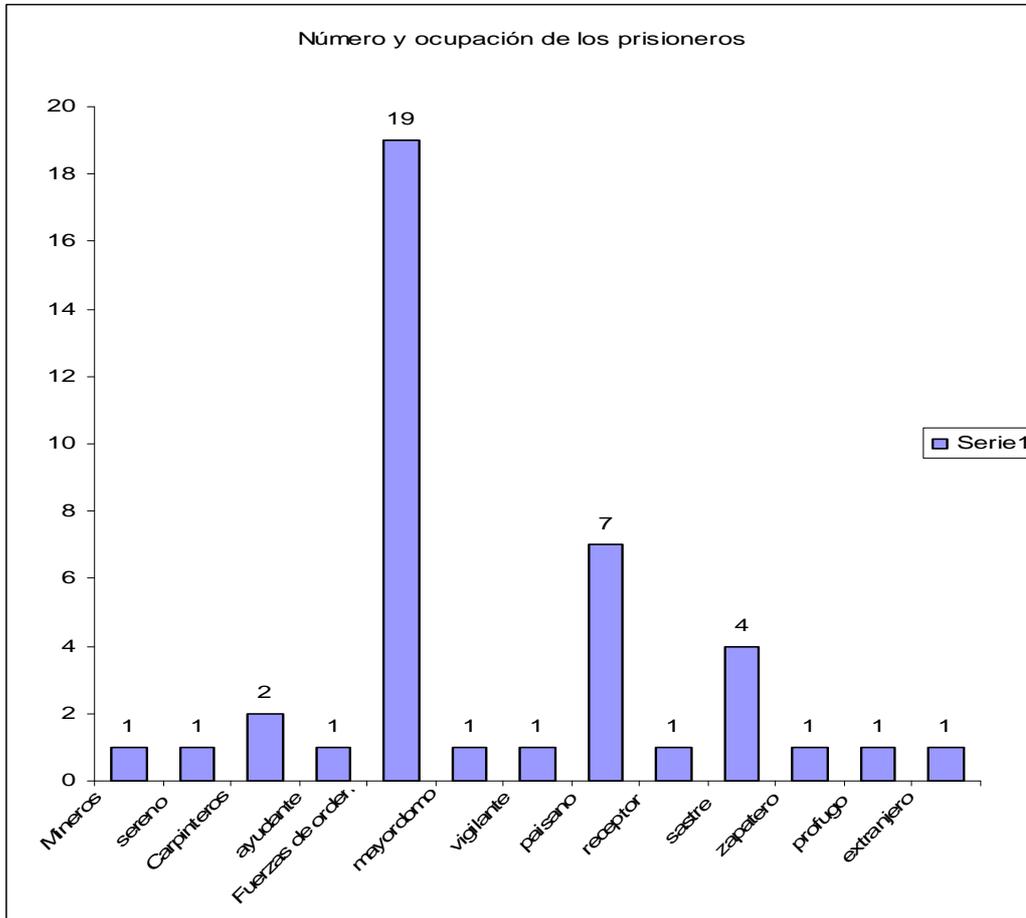


Total de detenidos: 137

Fuente: elaboración propia a partir de la información encontrada en el Volumen 39 del Archivo Intendencia de Atacama. En adelante A. I. A Vol. 39.

Por otra parte tenemos a los presos que también fueron detenidos en la Batalla de Linderos pero que no quedaron libres y a los cuales se les aplicó un consejo de guerra por su participación en la guerra civil.

Estos detenidos en su gran mayoría pertenecen a los cuerpos de seguridad del Estado, principalmente Guardias Cívicos, militares o gendarmes, el resto son miembros de la elite regional que tomo parte de la sublevación junto a empleados de minas y artesanos.



Fuente: elaboración propia a partir de la información contenida en el Ministerio de Justicia. Volumen 144. En adelante MJUST. Vol. 144.

Respecto de la información contenida en los gráficos presentados llama la atención la diferencia de oficios que encontramos entre los detenidos puestos en libertad y los que fueron sometidos a Consejo de Guerra. En el primer Gráfico, destacan el grupo de los peones y gañanes, quienes en conjunto representan un 64% del total de detenidos. Estamos hablando concretamente de los sectores sociales más explotados, empobrecidos y menos especializados desde el punto de vista del papel que juegan en la producción minera en el Norte Chico.<sup>91</sup>

<sup>91</sup> Para una detallada caracterización y análisis sobre la evolución del mundo peonal minero en el Norte Chico ver el trabajo de Gabriel Salazar: "Labradores, peones y Proletarios. Formación y crisis de la sociedad popular chilena del siglo XIX". LOM ediciones, 2000.

En cuanto a la información del segundo gráfico podemos destacar dos grandes grupos, los que pertenecen a alguna rama de los cuerpos de seguridad del Estado, como los gendarmes o las Guardias Cívicas y los llamados paisanos, concepto utilizado en este sentido para referirse a la población civil que tuvo parte en la sublevación de diciembre de 1851. Creemos sin embargo que estamos hablando de un sector de la elite regional, aquella que dirigió el alzamiento en Copiapó en compañía del Batallón Cívico de la Ciudad. En este caso, se trata de paisanos relacionados con actividades comerciales y funcionarios públicos mayores.

Sin embargo, lo que nos llama la atención de estos datos no son solamente los contrastes del número de detenidos y las diferencias de oficios de estos, sino el trato y la forma cómo las autoridades enfrentaron el reestablecimiento del orden social y político.

En este sentido, nos interesa saber por qué las autoridades político-militares que derrotaron a las fuerzas insurgentes de Copiapó, dejan en libertad prontamente a los sectores sociales, que según ellos, más problemas generan al ordenamiento social. Por qué quedan libres los peones y gañanes, los “bandidos” que en numerosas oportunidades amagan con sus conductas violentas la paz social de la Provincia, por qué si son detenidos en pleno campo de batalla se les respeta la vida y no se les sigue consejo de guerra como a los demás presos. A caso carecen de peligrosidad para la elite.

En qué quedan, en palabras de María Angélica Illanes, los preparativos bélicos de la clase dominante regional para enfrentar el accionar de la peonada de los centros mineros y sus villas en contra del orden social y político de la propiedad. Acaso los encargados del orden se olvidaron de sus miedos y preocupaciones. En qué quedó, por tanto, “la construcción de un cerrado y tripartito concierto estratégico de clase (autoridad político/militar – propietarios mineros/mayordomos armados – comerciantes/policía), cada una de cuyas partes, a su vez, se rodeaba de un aparato militar propio”, que sentó de esta manera, las bases de la maquinaria militar de protección de la propiedad.<sup>92</sup>

Otro elemento importante a destacar en el proceso de reconstitución del orden social llevado adelante por las autoridades es la rápida y ejemplificadora sanción propuesta en primera instancia para los amotinados sujetos al consejo de guerra. En este sentido, la pena de muerte propuesta para los detenidos y procesados se aleja considerablemente del dictamen que dejó en libertad a la peonada de los centros mineros. Qué elementos nos ayudan a explicar las diferentes respuestas planteadas por el Estado y la propia clase dominante regional al significado y a las consecuencias de la participación popular en el conflicto militar y a la responsabilidad y participación de los miembros de la elite copiapina y las fuerzas del orden involucradas en el alzamiento.

Respecto de las interrogantes planteadas pensamos que para la elite regional y el propio Estado, lo prioritario en un primer momento era saldar las cuantas internas entre la propia clase dominante y los cuerpos de seguridad. Lo importante es dar señales claras de unidad de clase, fundamentalmente en el plano político. Restablecida la unidad política del poder, se logra de manera inmediata el restablecimiento del monopolio de la violencia y el

---

<sup>92</sup> María Angélica Illanes: ¿Rabia o Revolución?...p. 246.

poder de control sobre la sociedad. Sin unidad de clase no hay control sobre los garantes del orden, es decir sobre la tropa, sobre la policía, sobre los gendarmes y por supuesto sobre la Guardia Cívica, cuerpo de orden que representa los intereses más cercanos de los miembros de la elite regional<sup>93</sup>. Por ello, explicamos los esfuerzos inmediatos de la elite por castigar y controlar a los responsables e involucrados en el motín del 26 de diciembre. Ellos son en pocas palabras los causantes de la catástrofe social que vivió Copiapó durante la “revolución” al dar los espacios y oportunidades para combinar sus intereses y diferencias políticas con el poder central, con las problemáticas y las formas de protestar del mundo popular.

El consejo de guerra iniciado una vez pacificada la provincia busca establecer justamente el orden de responsabilidades y culpabilidad que tienen los distintos sujetos aprehendidos una vez terminado el conflicto. Se trata de identificar a los autores del motín, los que tomaron una parte activa en la “revolución” una vez empezado el movimiento en Copiapó, también a quienes han seguido un movimiento que no comprendían, y por último a las víctimas arrastradas por el torrente revolucionario.<sup>94</sup>

Estos objetivos de la represión son dirigidos en términos generales a los propios miembros de la clase dominante y de los cuerpos encargados de garantizar su orden. Analizando las cartas enviadas por los detenidos a las autoridades nacionales y las apelaciones de estos para solicitar indulto o conmutación de pena, podemos constatar que la gran mayoría de los presos sometidos al consejo de guerra no pertenecen a los sectores populares ni menos a la peonada minera de Copiapó. Esto lo podemos graficar a través de las peticiones realizadas por lo presos, en donde aparece un dato no menor, que habla de la enorme diferencia social, cultural, política y económica que separa a los sectores populares del resto de la sociedad, nos referimos a la firma que estampan estos detenidos en sus cartas.<sup>95</sup> El hecho de firmar una carta o un documento público en este período en particular nos permite señalar que estamos en presencia de gente que lee y escribe, por tanto sujetos que distan bastante de las características sociales y culturales del mundo popular, fundamentalmente de la peonada y de los gañanes de los centros mineros.<sup>96</sup>

Otro elemento que podemos destacar para explicarnos las respuestas disímiles que dan las autoridades políticas, es la visión que tienen los miembros de la elite sobre las

---

<sup>93</sup> Ver por ejemplo, a la Máxima autoridad de las Guardias Cívicas de Copiapó durante la Guerra Civil. El Comandante del Batallón Cívico Don Tomás Gallo Goyenechea, miembro destacado de la elite regional y nacional. Para más detalles ver el trabajo de María Angélica Illanes: *La Dominación Silenciosa. Productores y prestamistas en la minería de Atacama. Chile 1830-1860*”. Instituto Profesional de Estudios Superiores Blas Cañas, 1992. Ver también el trabajo citado de Hernán Venegas Valdebenito.

<sup>94</sup> MJUST. Vol. 144.

<sup>95</sup> Del total de 40 detenidos, 2 no saben firmar, un miembro de la Guardia Cívica y el otro un zapatero. MJUST. Vol. 144.

<sup>96</sup> Esta reflexión la podemos corroborar a través de trabajos realizados para esta zona del país y para el mismo periodo utilizando testamentos del mundo popular, estos en su gran mayoría aparecen sin firma por no saber firmar. Ver Igor Goicovic: “Redes de solidaridad, mecanismos de retribución y procesos de reproducción social en la familia popular del Chile tradicional (1750-1860)”. Tesis Doctoral, Departamento de Historia Moderna, Contemporánea y de América, Universidad de Murcia, 2005.

clases populares. Para la elite, los sectores populares en el contexto de la guerra civil son objeto de utilización por parte de los líderes de la sublevación, estos buscaban la ocasión de agitar “los instintos brutales de la muchedumbre para suspenderse a mayor altura del lugar que ocupan en circunstancias ordinarias”<sup>97</sup>.

La situación antes descrita la podemos encontrar reflejada tanto en los informes de las autoridades como en los reportes de la prensa copiapina, en estos aparecen numerosos comentarios señalando esta especie de manejo de que son parte la peonada minera.

Así encontramos el análisis planteado por la autoridad máxima del mineral de Chañarillo, el subdelegado Santiago Moreno, respecto de los acontecimientos que se produjeron en la noche del 26 de octubre de 1851 en Chañarillo. En el informe enviado por el subdelegado al Intendente de la Provincia se entrega importante información respecto del carácter de la rebelión, señalando que

*“el origen del motín de la noche del 26 al 27 del pasado, parece indudable que sus autores tuvieron en vista solo la política, pero en su estupidez no vieron que la canalla de que debían valerse, en el momento del desorden no les sería posible ponerles freno para contenerlos del robo y pillaje a que naturalmente debía entregarse esa masa bruta que no tiene aspiraciones de ningún género”*.<sup>98</sup>

Aparece en este relato esa visión muy difundida entre los miembros de la elite acerca de los sectores populares como sujetos sin “aspiraciones”, es decir, sin objetivos propios, sin capacidad de nada, sin control, moldeable a los requerimientos de otros, por tanto manipulables, por ello el calificativo de “masa bruta”.

También destacan en este sentido las reflexiones que se presentan en el Diario El Copiapino, órgano difusor de las inquietudes e intereses de la clase dominante regional y principalmente de La Junta de Minería. En sus páginas podemos ver como incluso después de haber terminado el conflicto veían con preocupación lo peligroso y funesto que fue para el vecindario de Copiapó la utilización por parte de los amotinados de los sectores populares. En este sentido se preguntan los redactores del Copiapino, ¿Cual ha sido el objetivo de la revolución en Copiapó?

*“Aparentemente la exaltación del caudillo Cruz con el pretexto de reforma en nuestras instituciones, y en la realidad el deseo del pillaje en una pandilla de futres ociosos, jugadores, que han empujado la masa bruta en el camino de las revueltas, y de los trastornos con la esperanza del saqueo.”*<sup>99</sup>

---

<sup>97</sup> El Copiapino, 13 de enero de 1852.

<sup>98</sup> A. I. A. Vol. 87. Chañarillo, 3 de noviembre de 1851.

<sup>99</sup> El Copiapino, 15 de enero de 1852. Ver también: “Todos han presenciado esa nube de langostas que se titularon ayudantes, capitanes, tenientes, etc. guiar las turbas frenéticas al pillaje de las tiendas,

Considerando lo anterior, es posible entender la lógica que opera entre las autoridades a la hora de proceder en el restablecimiento del orden social. Si los sectores populares por lo general son siempre manipulados, lo primero es por tanto controlar y reprimir a los que manipulan y permiten su participación, sean estos civiles o militares. Son ellos los que en este caso promueven la intromisión de los sectores populares en los escenarios políticos de la región. Bajo esta visión, los sujetos populares carecen de todo protagonismo e historicidad, son una mera comparsa de las iniciativas externas, careciendo por lo tanto de identidad.

En relación a lo anterior, compartimos los planteamientos propuestos por María Angélica Illanes, respecto del sentido que tiene el acto de utilización por parte de los “revolucionarios” de Copiapó sobre la peonada minera en Chañarcillo, entendiendo esto como un “hecho político inducido desde afuera. Un movimiento político *“de arrastre”*. Según la historiadora, los rebeldes externos “habían concebido y pretendido hacer de la peonada un objeto político para los fines de la guerra civil nacional liderada por los liberales que se desencadenaba en el país y en la zona norte”.<sup>100</sup>

Para la autora, aunque la incorporación y la participación popular en el conflicto haya sido resultado de un empujón rebelde liberal, esto tendría una mayor consecuencia y un mayor significado que un simple “arrastre político”, se trataría “de una acción concertada con aquellos que han aportado ciertas claves políticas nuevas, gritan y actúan a nombre de un candidato nacional y de un proyecto-país. La acción popular directa y la guerra civil nacional han quedado, en bastante medida, imbricadas”.<sup>101</sup> Para Illanes, esta relación desarrollada en torno a la guerra civil en Copiapó permite pensar que en esta Provincia se presentó un fenómeno de cambio en los dispositivos de politización habituales utilizados por la clase dominante respecto del pueblo. Por tanto sería el peonaje minero el que habría ocupado la maquinaria revolucionaria para sus propios intereses y política de clase. Señalando por último, que efectivamente, los sectores populares rompieron y saquearon en nombre de “Viva Cruz”.<sup>102</sup>

Otro elemento que nos permitiría explicar esta dicotomía de criterios una vez llegada la hora del castigo y la restauración oligárquica, sería a nuestro juicio, una necesidad y una razón fundamentalmente económica. Este elemento tiene que ver con la necesidad de poner en marcha lo más rápido posible la maquinaria de la producción minera.

Según las autoridades pacificadoras, después de los devastadores huracanes populares que azotaron la ciudad de Copiapó y los centros mineros con sus respectivas villas, el estado de la industria, el comercio, la minería, las arcas fiscales y las instituciones de beneficencia era de extrema calamidad, con un agotamiento casi completo de fondos.

---

*al arreo de los animales y al insulto de los vecinos pacíficos y honrados. Ellos fueron los valientes en las comisiones de saqueo del pueblo indefenso, y los cobardes en la hora del peligro. Ellos han empujado al jornalero estúpido, al minero embrutecido, a la matanza y han sido los primeros en correr a la presencia del enemigo. Ibíd.*

<sup>100</sup> María Angélica Illanes: ¿Rabia o Revolución?...p. 249.

<sup>101</sup> Ibíd. pp. 249-250.

<sup>102</sup> Ibíd. p. 250

Situación que en palabras de las autoridades, no permitía satisfacer los gastos ordinarios de pagos de los empleados y principalmente de policías de los centros mineros y de la ciudad. Pilares fundamentales por cierto, del nuevo orden que había que instalar y garantizar.<sup>103</sup>

En este contexto, era prioritario contar con mano de obra experimentada y acostumbrada a las labores mineras. En este sentido, la urgencia de “brazos históricos” para reiniciar la producción argentífera era más importante que un severo y ejemplificador castigo a la peonada minera por la forma violenta de participar en el conflicto político y por la manera de manifestar su resentimiento y odio en contra de los responsables del orden social, político y económico.<sup>104</sup>

La reactivación económica de la región pasaba por una urgente reanimación de la producción de plata, de esta actividad dependían en gran medida todos los ingresos municipales, la reapertura de los caminos, el comercio, la industria, la beneficencia y por último el salario de los responsables de la conservación del orden.

De esta forma se entienden las medidas tomadas por las autoridades encargadas del restablecimiento del orden social. Primero, recomponiendo las dinámicas internas de cohesión de la elite regional y su control sobre el monopolio de la fuerza y la violencia como garantes del orden oligárquico. Una vez logrado esto, se inicia la cruzada antipopular que buscará controlar y encauzar el comportamiento de los sectores populares, reprimir a través de una serie de reglamentos las prácticas cotidianas de resistencia social y por último restringir cada vez más las posibilidades de que salgan a la luz los brotes rebeldes cargados de resentimiento social, de agresión y violencia antipatronal.<sup>105</sup> Este es justamente el proceso de reedición del concierto de la clase patronal al cual se refiere María Angélica Illanes.

#### **A MODO DE CONCLUSIÓN.**

Como hemos planteado, el amotinamiento minero tenía como rasgo característico el despliegue de la poblada en el centro cívico de la ciudad o en el mismo mineral. La muchedumbre reunida cargaba rápidamente contra los establecimientos comerciales, a objeto de saquearlos y obtener recursos de subsistencia. Simultáneamente se actuaba con inusitada violencia contra el alumbrado y contra los edificios públicos y privados. La presencia de la policía o de las tropas de línea regularmente enardecía los ánimos de los

---

<sup>103</sup> A. I. A. Volumen 116, comunicación de Victorino Garrido al Ministerio del Interior, 31 de enero de 1852.

<sup>104</sup> Si bien no hemos encontrado una alusión directa de esta situación en las fuentes consultadas, podemos compararla con el procedimiento utilizado por otras autoridades del norte chico, como son los de La Serena. Esta localidad también fue pacificada por las mismas fuerzas que neutralizaron Copiapó. Estos una vez terminado el conflicto deciden con fecha 9 de enero de 1852 “poner en libertad a aquellos de los prisioneros tomados con las armas en la mano por las fuerzas de la división pacificadora, que han sido reclamadas por sus patrones, previas las seguridades necesarias.” MJUST. Vol. 145. La Serena, 18 de enero de 1852.

<sup>105</sup> Al respecto ver los distintos reglamentos y bandos que se dictan para la conservación del orden social: A. I. A. Vol. 128, Chañarcillo, 13, 14,15 de enero de 1852; Chañarcillo 1 de junio de 1852; Vol. 27, Subdelegación de Caldera, 19 de febrero de 1852.

amotinados, los que cargaban desordenadamente contra ella agrediéndola con objetos contundentes y en algunas ocasiones con armas cortopunzantes y de fuego. La respuesta policial y militar frente a este tipo de sucesos era tan dura como la propia protesta. La fuerza pública se enfrentaba a los amotinados con cargas de caballería y con descargas de fusilería, con el objetivo de someter a los más violentos y desperdigar a la masa revoltosa.

Respecto de lo anterior, podemos señalar que la violencia social popular no sólo habla de las contradicciones y conflictos sociales propios de una sociedad de clases, situación que se manifiesta en el rechazo recurrente a las paupérrimas condiciones materiales de vida, sino que además, dan cuenta de una forma socialmente internalizada de relacionarse con la clase dirigente y por supuesto, con el Estado. Bajo estas consideraciones, la violencia social popular se convierte en parte del *capital cultural* reconocido y legitimado por los sectores populares. Por tanto, consideramos que los sectores populares de nuestro país edifican su identidad cultural y se desenvuelven cotidianamente en los márgenes del sistema social, espacial y cultural instalado por la clase dominante chilena.<sup>106</sup>

Respecto del despliegue mismo de las manifestaciones de violencia social por parte de los sectores populares del Norte Chico, podemos señalar, que la gran mayoría de los levantamientos mineros, acciones o “delitos” se perpetraban contra la propiedad de miembros de la clase alta o sectores medios: comerciantes, mineros, administrativos y burócratas.

Considerando lo anterior y teniendo como base la caracterización que hemos realizado de las incursiones violentas de los sectores populares en los espacios y en las dinámicas oligárquicas del Norte Chico, especialmente en el contexto de la Guerra Civil en Copiapó, nos surgen algunas interrogantes relacionadas principalmente con el desarrollo y desenlace del conflicto mismo.<sup>107</sup>

Primero, si ¿Esta tendencia de las manifestaciones sociales violentas de los sectores populares -como los motines peonales o los levantamientos mineros- de representar intereses distintos y de que sus miembros sean de sectores sociales diferentes u opuestos, nos permite llegar a pensar que los “delitos” o las acciones de violencia social desarrolladas por los sectores populares están relacionadas o representan un tipo de lucha de clases? Por otra parte, y relacionado fundamentalmente con los resultados de estas manifestaciones y de este conflicto en particular ¿Fueron efectivas las fuerzas pacificadoras y más concretamente los cuerpos armados estatales y privados de la elite que restablecieron el orden en Copiapó y sus centros mineros? ¿Cuáles fueron las consecuencias políticas y sociales del enfrentamiento, sobre todo para el mundo peonal? ¿Cuál ha sido su relevancia histórica?

---

<sup>106</sup> Goicovic Donoso, Igor: “Consideraciones teóricas sobre...”.

<sup>107</sup> Parte de estas interrogantes están desarrolladas en la Tesis de Maestría “Revuelta popular y motines peonales en el Norte Chico. Copiapó en el contexto de la Guerra Civil de 1851”. USACH, Departamento de Historia, 2006.

La propuesta de trabajo de esta investigación es justamente caracterizar el delito y las manifestaciones de violencia y protesta popular para poder objetivizar la lucha de clases. La no construcción de una tipología de las acciones de violencia social popular nos llevaría a pensar o hablar de una especie de clase delincuente o de sujetos sin sentido, sin identidad o simplemente que son comparsa de la clase dominante chilena de mediados del siglo XIX.

Respecto de la idea predominante por parte de la elite y la historiografía tradicional que señala la falta de objetivos propios de los sectores populares en las manifestaciones de violencia social durante los conflictos patricios o que simplemente eran dirigidos por sectores medios y altos disconformes con las cuotas de poder, pensamos que las acciones de la multitud, de violencia social de los movimientos populares, preceden a las luchas o diferencias específicamente políticas de los sectores dominantes o de las inquietudes revolucionarias de algunos miembros de la elite que desataron los conflictos políticos de mediados del siglo XIX.<sup>108</sup>

Así, las manifestaciones de violencia popular (levantamientos y motines mineros) responden claramente a las situaciones de explotación y exclusión, a los cambios o fluctuaciones de la situación laboral, a las compulsiones laborales propias del proceso de modernización capitalista. Por tanto, las acciones de violencia social desplegadas durante los conflictos políticos oligárquicos no son simplemente reflejo de las aspiraciones de los líderes “rebeldes de la burguesía”, ni tampoco comparsa de los proyectos o procesos políticos desarrollados por la clase dominante.

A modo de conclusión parcial podemos señalar que los sectores populares de Copiapó que participaron en la llamada “guerra civil de 1851” le dieron una característica muy particular respecto del proceso a nivel nacional. Destaca en este sentido, los niveles de participación y radicalidad del enfrentamiento social. Situación que incluso escapó a las manos de los propios revolucionarios, teniendo estos la necesidad urgente también de reprimir a los mismos mineros que ayudaron al desarrollo de la Revolución. Desplegándose de esta manera una especie de “guerra civil dentro de una guerra civil”. En este sentido compartimos las reflexiones planteadas por María Angélica Illanes al señalar que los revolucionarios de Atacama “no calibraron que los peones de Chañarcillo tenían su propia guerra social y política interna y ésta fue la que estalló en primera instancia y para la que justamente estaba preparado el muro militar de contención patronal”<sup>109</sup>.

De esta forma, la coyuntura de 1851 y el enfrentamiento social desencadenado en ella, sirvieron para potenciar la participación de los trabajadores en un conflicto político de repercusión nacional, mostrando además, las flaquezas o debilidades del ordenamiento económico y social que por entonces se estaba lentamente instalando en nuestro país.

En síntesis, podemos señalar que las expresiones de violencia social desatadas por los sectores populares responden o son consecuencia de las relaciones de discriminación,

---

<sup>108</sup> Ibíd.

<sup>109</sup> María Angélica Illanes: ¿Rabia o Revolución?. Guerra civil en...”. p. 249.

explotación laboral, exclusión y de auto percepción de superioridad o subordinación, construidas concretamente a partir de los grados de cohesión e identificación colectiva que el mundo popular, particularmente la peonada minera, va configurando a partir de los nuevos escenarios sociales, económicos y políticos que le toca vivir.